

LA SEÑORITA MAL CRIADA.

Comedia Moral, en tres Actos.

POR DON TOMAS DE IRIARTE.

PERSONAS.

D. Pepita (Señorita.)
D. Gonzalo (su padre) hombre mayor; pero alegre, distraído, y abandonado.
D. Ambrosia (amiga, vecina y compañera de *D. Pepita*: viuda joven.)
D. Clara (hermana de *D. Gonzalo*): Señora de carácter sério.
D. Eugenio (Caballero de apreciables circunstancias: amigo de *D. Gonzalo*).

D. Basilio (marido de *D. Clara*).
El Marq. de Fontecalda (viajante charlat.).
D. Carlos (sobrino de *D. Ambrosia*).
El tío Pedro (mayordomo de la casa de campo de *D. Gonzalo*: hombre rústico; pero de buena razón.)
Bartolo (hortelano de la misma casa: payo malicioso.)
Majos, y majas.

La Escena es en una casa de campo muy cercana á Madrid.

La acción empieza por la mañana temprano, y concluye á las dos de la tarde.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una parte de jardín, con vista de una casa que tiene salida á él por el frente, y á los lados varias calles de árboles.

ESCENA I. *Al levantarse el telón aparecen en el foro algunas parejas de majos y majas baylando seguidillas, que cantará otro de la cuadrilla, con la guitarra. Entretanto el tío Pedro va colocando en fila á un lado algunas sillas que le van trayendo, y de quando en quando mira con ceño á los baylarines. Bartolo en el lado opuesto riega el suelo, mirando á ratos el bayle con ojos de alegría. Antes de acabarse la primera seguidilla, el tío Pedro hace parar la guitarra; y dice á Bartolo con enfado.*

Ped. Qué sirve regar ahí, si ellos por acá levantan mas polvareda que un hato de carneros? Camaráas, á los majos. con la música á otra parte.

Majo 1. A bien que la tierra es ancha.

Maja 1. Si faltará donde armar balye, habiendo buenas ganas?

Majo 2. A elantre. Calla Curra: aquí no hay que echar bravatas; que estamos en casa ajena.

Maja 1. Pues ya: cáa gallo canta

En su mular, abur. (tan?)
Maja 2. Qué hombres éstos! Y lo aguan que nos lo venga á icir en la calle de la Palma. al de la guit.
Majo 1. Estamos del otro lao.
Copetel toca la marcha.

Armas al hombro. á la cuadrilla.
A mas ver. al tío Pedro.
Los majos toman las capas y sombreros que estan en el suelo, y se van todos gritando al son de la guitarra: ¡Ji, ji, ji, ji!

ESCENA II. *El tío Pedro y Bartolo.*
Ped. Qué algazaral con mucha flemma.
Oyes Bartolo? *Bart.* Bien oigo.
Ped. Llegate acá. *Bart.* Vaya en gracia.
Ped. Dí. *Bart.* Diré. *Ped.* Soi, ó no soi mayordomo de esta casa?

Bart. De la casa, del jardín, de la huerta, de la quadra, del gallinero, y de too lo que cogen estas tapias.

Ped. Ya sabes quien soi. *Bart.* Usted?

Ped. Sí, yo: mirame á la cara.

Bart. Es usté Pedro Fernandez.

Ped. Pues Pedro Fernandez manda con que sin su licencia no entren aquí majas, ni guitarras.

Bart. Y bastará la licencia de la Señorita? *Ped.* Basta.

Bart. Pues con su licencia entraron

A las

La Señorita mal criada.

Las guitarras, y las majas.
Ped. Truxeron orden? *Bart.* Truxeron.
Ped. Ah! Siendo así, vaya. *Bart.* Vaya.
Ped. Pues á cuidar de la huerta.
Bart. Por hoi ya está bien cuidáa.
Ped. En oliendo que hai juncion,
 holgueta. *Bart.* Ya eso es de tabla.
 Y tengo puesta la ropa
 del día de fiesta: guarda!
 Hoi que el amo Don Gonzalo
 vendrá con tantas maamas
 y tantos señores... Toma!
 Poquita será la zambra!
 Una olla están puniendo
 que es mayor que una tenaja.
 Pues aunque hubiera una boda.
Ped. Hombre, puée ser que la hayga.
Bart. Calle, calle! es hoi tio Pedro?
Ped. No igo que hoi ni mañana;
 pero como la Pepita
 burla-burlando ya pasa
 de los veinte y... *Bart.* Sí: la fruta
 pesa ya un poco en la rama.
 Patron: digo (acá enter-nos) *bawand.la*
 no es verdá uste que nuestra ama... (voz
Ped. Sí... *Bart.* La Señorita... *Ped.* Estoi.
Bar. Parece... *Ped.* Qué? *B.* Una muchacha.
Ped. Ya. *Bart.* Un si es no es... *Ped.* Bien.
Bart. No igamos
 loca; pero... alborotáa. (tona
Ped. Alegre? *Bart.* Pues. *Ped.* Corren-
 Ella? *Bart.* Cabal. *Ped.* Asien chanza?
Bart. Y de veras. *Ped.* Algun rato?
Bart. No: siempre. *Ped.* Bartolo, calla:
 vamos con tiento; que al fin
 son amos; y por mas claras
 que se estén viendo las cosas,
 siempre es güeno... *Bart.* Echar la capa:
 Ya lo entiendo. *Ped.* Las verdáes,
 como ixo el otro, amargan;
 y aunque le de gana á un hombre
 de escupirlas, nó: tragirlas.
Bart. Pero la culpa es de aquella
 Doña Ambrosia. Ya, ya es maula,
 con achaque de amista
 gobierna toa la casa;
 al padre, á la Señorita,
 á los criaos... Lo paga
 too por su mesma mano;

y ya vé uste que quien anda
 con la miel... *Ped.* Quiées callar?
Bart. Ea! pues no he icho náa.
Ped. No ices náa; y parece
 que te caes, y te agarras.
Bart. El que hoi vendrá tambien es
 aquel Marqués faramalla
 que ha corrido tantas tierras...
 Válgame Dios! lo que parla!
 La pronuncia es de Español;
 pero qué se yo como habla
 que la metá no le entiendo...
 Lengua como chapurráa...
Ped. Términos que allá deprenden
 por Francia, ó por Alimaña.
Bart. Y diz que á la Señorita
 la tiene medio embobáa;
 y que si consiente el padre...
Ped. Dale bola! *Bart.* Yo, en sustancia,
 lo que oigo es que la quiere.
 Y qué? *Ped.* Pues su alma en su palma.
Bart. Seguro. *Ped.* A tí qué te importa?
Bart. Náa: y á uste? *Ped.* Méenos. *B.* Pata.
 Ello es que habrá mucha gente.
Ped. Pero de dónde lo sacas?
Bart. Ya le igo á uste: la olla
 es aquello que se llama
 una olla; y por lo mesmo
 echaba la cuenta-larga.
Ped. Yo la echo corta. Mía tú
 qué pronto que está ajustáa.
 El amo, y la hija... *Bart.* Dos.
Ped. La viuda... *Bart.* Tres, (no hará falta.)
Ped. El Marqués, y Don Ugenio...
Bart. Ya van cinco. *Ped.* Doña Clara,
 seis... *Bart.* Quien? La hermana del amo.
Ped. La propia. (Aquella es mui guapa!)
 su marido Don Basilio...
 Son siete... y aqui se acaba.
Bart. Con que Doña Clara? hai cosa!
 No ician que esa hermana
 y ese cuñao del amo
 ha tantos tiempos que estaban
 reñios con él? *Ped.* Reñios;
 y cáa uno en su casa
 sin verse ni oirse. *Bart.* Y vienen
 hoi en amor y compañía?
Ped. Ya hangüelto á las amistáes;
 y vienen á celebrarlas

aquí

De Don Tomas de Iriarte.

aquí. *Bart.* Por eso es la fiesta.
 Con que ello es...? *Ped.* Lo que sonsa-
 hombre! Tan pregunton eres, (cas
 tan curioso, que le arrancas
 á un hombre poquito á poco
 quanto tiene en las entrañas...
 Y al cabo murmuracion.
Bart. Platicar de lo que pasa.
 Pues aquí qué mormuramos?
Ped. Mucho, y en pocas palabras.
 Que la viuda Doña Ambrosia
 es la que too lo manda;
 que la Pepita es alegre
 de cascos y algo atronáa;
 que el Marqués es un tunante,
 y que anda tras de pescarla...
Bart. Pero tambien ya uste vé
 que del amo que nos paga,
 (aunque él tiene allá sus cosas,
 porque es mui de bulla, y anda
 divertio como un mozo)
 no hemos dicho... *Ped.* Eso faltaba.
Bart. Tampoco del Don Basilio,
 mario de Doña Clara.
 De ella, ni de Don Ugenio
 hemos dicho cosa mala.
Ped. Qué has de icir, si ellos dos
 son güenos, y ella una santa
 señora? ... Así fueran toas!
Suena adentro la guitarra, los majos co-
mo que atraviesan por detras de la casa.
Bart. Pues digo: los de la danza!
 dende temprano la toman.
Ped. Ya verás como se cansan
 antes que encomience el bayle
 las piernas y las gargantas.
 Ola! pues ya está aqui el amo.
 ESCENA III. *D. Gonzalo de Cazador.*
El tio Pedro y Bartolo, que van á reci-
bir á su amo.
Ped. Oh, señor! tan de mañana,
 y á pie? *Gonz.* De Madrid aqui
 es tan corta la distancia,
 que he venido paseando.
Entrega la escopeta al tio Pedro, y á
Bartolo dos ó tres paxarillos.
 Toma: mira qué gran caza!
Bart. Ni aun paxaros hay ogaño.
Gonz. sentandose y limpiandose el sudor.

Parée que está la casa
 divertida, y me reciben
 con música: esto me agrada.
Ped. Al fin, nuestro amo, uste tiene
 un genio, una buena pasta
 que se divierte con too.
Gonz. El mismo soi, á Dios gracias,
 hoi, que el que era á los veinte años.
 Hai envidiosos que rabian
 de verme siempre de fiesta;
 pero de aqui no me sacan:
 buen humor, y buena vida.
 No, sino que me tomara
 cuidados y pesadumbres,
 teniendo renta sobrada
 para reirme de todos.
Bart. Pardiez que sí! *Ped.* Buena gana!
Gonz. A fé que ya no soi niño;
 (si no, digalo la calva;)
 y sin embargo, en Madrid
 todos esos tarambanas
 pisaverdes, que parecen
 contentos como una pasqua,
 no se divierten ni el diezmo
 de lo que yo. *Ped.* Pues bien hayga
 su alma de uste! *Gonz.* Todo el año
 vivo como un Patriarca.
 Que haya guerra, que haya paz,
 buena cosecha, ó escasa;
 que uno diga que las cosas
 van bien, y otro rematadas;
 que se escriban papelotes,
 que se tiren de las barbas;
 yo, adelante: divertirme:
 y lo demás patarata.
 Donde hai gente, allí estoi yo
 clavado como una estaca.
 Voi lo mismo á una comedia
 que á ver á una encorozada.
 Viene algun Predicador
 famoso: no se me escapa.
 Que hai opera nueva: á verla;
 una boda; á presenciarla;
 un gigante, un avechucho,
 un monstruo á tanto la entrada,
 volatines, nacimientos,
 sombras Chinas, y otras farsas:
 el primerito. En el Prado
 mi silla por temporada:

A 2

Si

La Señorita mal criada.

si hai concurso en el Café,
allí fijo como el alba;
y finalmente en la Puerta
del Sol, mi esquina arrendada.
Las tertulias?... Así, así. *señalando con*
Fiestas de campo?... como agua *(los ded.)*
academias?... mas qué hubiera!
comilitonas?... no es nada!
nunca deshago partido.

Que hai juego: tomo las cartas;
que van á baylar: minué,
seguidillas, contradanza;
y á poco que me lo rueguen
bailo tambien la guaracha.
Así vivo, así me huelgo;
y todos á una voz claman:
Si no hai otro Don Gonzalo!
Qué humor tiene! Es una alhaja.

Ped. Mui bien va todo eso: pero...
El cuidáo de la casa...

El gobierno... *Gonz.* Cabalmente
eso es lo que no me causa
inquietud: mi casa está
grandemente gobernada.
Mire, tío Pedro: soi viudo...

Ped. Por esta semana santa
se cumplieron... cuántos años?
Diez... de la muerte de mi ama.
Dios la haya dao su gloria:
y ha hecho bastante falta.

Gonz. Vamos al caso: estoi viudo:
mi caudal, puesto á ganancias
con toda seguridad.
Mando que en mi casa no haya
misérias ni economías...

Bart. El que lo tiene lo gusta.

Gonz. Que Pepita se divierta
quanto la diere la gana;
que bayle, que represente,
que juegue, que entre, y que salga;
que aprenda trato de mundo
en una tertulia diaria;
y se porte como todas
las que en Madrid hacen raya.

Ped. Y qué tal? la Señorita
se va dando buena maña
á aprender eso? *Gonz.* Es un pasmo:
todas las gentes la alaban;
todo el pueblo la conoce;

y por conseguir entrada
en mi casa, hai mil empeños.
Ped. Y eso, habiendo puerta franca:
qué fuera si sus mercedes
la tuvieran atrancáa?
Pero, señor, yo icia...
(Perdone usted...) Con mi mala
desplicacion, yo acá dentro
me entiendo las cosas. *Gonz.* Vaya:
explíquese como quiera.

Ped. Digo que si yo me hallara
con una chica sin madre,
y en la edá que acá se llama
el tiempo de la vendimia,
quando me despartara
de su lao ni un minuto...
(Y mas con lo adelantáa
que esté hoi día la malicia...)

Bart. Y en Madril? *(digo)* donde andan
tantos de los pitimetres
Osías á la que saltal

Ped. Porque *(mire usted)* en mi Pueblo
habia una moza hidalga,
que toos gustaban de ella,
porque era como una plata,
(hija de viudo tambien;)
y solo porque se andaba
suelta, sin padre, ni naide,
toicos la requebraban;
pero casarse, ninguno.

Y hoy está llena de canas,
triste, y sin mas compañía
que la rueca. Y cómo rabia
quando la llaman doncella!

Bart. Ya la conozco: la beata;
la que va siempre á encender
la lámpara de Santa Ana.

Ped. Ni sirve paa otra cosa,

Gonz. Diréis dos mil patochadas.
Mirad: no estais en los puntos
de crianza cortesana.
En las aldéas las mozas
recogidas y aplicadas,
las que mas baxan los ojos,
son las que mas bien se casan.
Acá va por otra regla:
en no habiendo buena labia,
desparrajo, garabato,
compostura un poco extraña:

no bailando unas boleras,
no cantando una tirana
con su *ai!* y no frecuentando
las concurrencias de fama
para darse á conocer,
perdidas; no pasa una alma.

Ped. Yá. Lo que es el no entendello!

Bart. En cáa tierra su usanza.

Gonz. Y despues quién os ha dicho
que yo permito que salga
sola mi chica? No voi
cargado con la arracada
de la hija á todas partes,
que eso fuera extravagancia
ridícula, y ser yo esclavo;
pero siempre la acompaña
mi señora Doña Ambrosia,
que aunque moza, es una dama
de juicio y talento, viuda,
y de muchas circunstancias.
Para mí es grande alivio.

Ped. Y paa ella sera ganga.

Gonz. Por qué? *Ped.* Porque tiene mesa,
y diversiones baratas,
y coche paa mecersé
Too el día. Nos contaba
el cochero la otra tarde
que las mulas no descansan
ni paa tomar el pienso.

Gonz. Quién da credito á canallas?

Bart. Si mormuran sin conciencia... *tiran-*
Y hai hombres que no reparan *(do de la*
que al fin los amos son amos; *mang. al*
y las verdaes... se tragan. *(tío Pedro.*

Ped. Creo que la Doña Ambrosia
no está mui acomodaa
desque la faltó el marido.
El era hombre de importancia?

Gonz. Sí: fué un rico negociante;
pero tuvo la desgracia
de que un trapalón malvado
le engañó con artimañas,
y le empeñó en un proyecto
que se volvió sal y agua.
Le estafó gran cantidad;
y huyendo fuera de España,
le dexó casi arruinado,
el buen hombre, que tomaba
las cosas á pechos, tuvo

de verse en tal lance tanta
pesadumbre, que murió
aquella misma semana.

Ped. Vaya usted viendolo! Y esotro
que se escapó, dónde pára?

Gonz. Un tal Don Carlos, sobrino
del diunto, es el que hoi anda
en busca del gran bribon
allá por Flandes y Francia
y al cabo, segun avisa,
como hai pocas esperanzas
de dar con él, debe ya
volver mui pronto. Heredaba
parte del caudal del tío,
y quedaba destinada
otra parte á Doña Ambrosia;
pero se perdieron ambas.

Quatro años habrá que vino
á vivir junto á mi casa
la viuda, mui pocos días
despues que riñó mi hermana
conmigo. La visité
como á una vecina honrada:
cobró cariño á mi hija;
y la chica se lo pagó:
se tutéan, y tan solo
para dormir se separan.
Ellas contentas, y yo
en una paz Octaviana.

Allá gobiernan las cosas
domésticas necesarias,
pago, sin examinar
mecánicas que me matan;
y Dios me ha venido á ver.
Me cuidan; nada me falta;
y en mi casa caavian todos
la tristeza enhoramala.

No es una fortuna? *Ped.* Ya.
Pero, señor, mi matanza
es si, endilgando las cosas
del moo que usted relata,
encuentra la Señorita
un novio como Dios manda.

Gonz. Qué preguntal *Ped.* No lo igo
sino porque malegrara
que tuviera una fortuna
como una Reina de España.
En lo emás no me quiero
meter onde no me llaman.

Gonz. Novios hallará de sobra.

Ped. Pues lo celebro en el alma;
y mas, si es aquel señor
Don Ugenio, que quando habla,
se conoce de contao
que es leido, y tiene traza
de ser caballero en forma
y hombre de bien, porque él trata
con güen aquel á los probes,
y es garboso... Gonz. Callad: pára
algun coche? Bart. Pues que sí.

Gonz. Eh! mudaos; que ya basta levan-
de conversacion. Tened (tandose.
las cosas bien arregladas
para el almuerzo. Quién viene?

Adelantandose ácia la puerta de la ca-
sa á recibir á los que llegan.

Ped. D. Ugenio, y D. Clara. mirando

Bart. El otro será el marit. (ácia el foro.

Ped. El marido es. Vamos: marcha. enoja.

Bart. Yo, por oír cosas que uno
no sabe, de güena gana
me queara aquí á un laito.

Ped. Mira... Si agarro una tranca...

Bart. Pues yo no me he de quear
sin ver too lo que pasa.

El tio Pedro se vá, llevándose á Bar-
tolo, que vuelve la cara á mirar á los
que acaban de llegar. D. Gonzalo viene
con D. Clara, D. Basilio, D. Eugenio,
que salen de campo.

ESCENA IV. D. Basilio, D. Gonzalo,
D. Clara, con quitasol en la mano,
D. Eugenio.

Gonz. Bien venidos, caballeros.

Mucho madrugas, hermana.

Eug. En todo es esta señora
mui puntual. Clar. Las ocho dadas.

Mirando su reloj.

Bas. A esta hora nos citaron.

Clar. Pues no serán tan exâctas dexando
D. Ambrosia y mi sobrina. (el quitasol

Gonz. No: todavía no tardan. (sobre una
Clar. Si no las han acabado (silla.

ciertos vestidos de majas
que vienen hoi á lucir
aquí, no estarán de gracia;
y dexarán la funcion,
si falta esta circunstancia.

Eug. La plausible de este dia
que tanto gozo nos causa,
señor Don Gonzalo, amigo,
es la de ver sepultada
la discordia que, entre hermanos,
ya demasiado duraba.
Yo, yo he sido el medianero
de la renovada alianza
que felizmente nos une
hoi en esta amena estancia;
y no solo participo
de alegria tan colmada,
sino que, ufano, blasono
de que acerté á procurarla.

Bas. No sabes, hermano mio,
quan repetidas instancias
ha costado á Don Eugenio
el reducir á tu hermana
á que, habiéndose extrañado
quatro años ha de tu casa
por motivos que no ignoras,
haya vuelto á freqüentarla.
Estos se llaman oficios
de buen amigo. Gonz. Y yo estaba
mui pronto á reconciliarme
siempre; porque (en dos palabras)
el autor del rompimiento
no he sido yo, sino Clara.

Clar. Es cierto, hermano: yo he sido
la autora; mas tú, la causa.
Atiendeme. Nuestros genios
siempre han estado en batalla.
Tu, descuidado, indolente,
distrahido, haciendo gala
de vida alegre y ociosa,
que á tu edad ya no se adapta,
ó no conoces, ú olvidas
las estrechas, las sagradas
obligaciones de padre.
Bien lo prueba la enseñanza
que te merece una hija,
cu quien alabas por gracias
lo que se llama descoco
entre la gente sensata.

Así eres tú. Yo, aunque dicen
peco de Española rancia,
por el pundonor gradúo
el mérito de las damas
por el juicio, discrecion,

cor.

De Don Tomas de Iriarte.

7

cortesania y constancia.

Reconvine á mi sobrina
con la mayor eficacia;
pero mis exhortaciones,
lejos de ser apreciadas,
me conciliaron un odio
que tú no desaprobabas.
Llegué á pasar por la tia
Mas impertinente y rara.
Te lo expuse: no hubo enmienda:
clamé: nada aprovechaba.
Insultaronme por fin;
faltóme la tolerancia;
y no pudiendo evitar
la franqueza inmoderada
que en tu casa permitias,
resolví no autorizarla;
me retiré; y he logrado
no tener parte en la fama
que va cobrando Pepita.
(Oxalá no fuera tanta!)

Gonz. Pues tener fama es mui bueno.

Clar. Quando la fama no es mala.

Gonz. Con que pretendéis reforma?

Eug. Y debemos esperarla
del exemplo y los prudentes
consejos de Doña Clara,
que olvidando desde ayer
las disensiones pasadas,
vuelve á ver á su sobrina,
á ser su amiga y su guarda.
Bien reconoce que en ella
no son nativas las faltas;
que todas son adquiridas,
y ya casi involuntarias;
y que caprichos, errores,
vivezas, extravagancias
por hábito se contraen,
no por indole viciada.
Su hija de usted, Don Gonzalo,
tiene unas potencias claras,
un corazon mui benigno;
y con estas dos ventajas
corregirá lo demas
quien tenga paciencia y maña.
Yo me aplico á tal empresa;
y si pudiese lograrla,
pienso que la Señorita
desde luego asegurára

su dicha, y la del esposo
que deseara con ansia,
mas que amar y ser amado,
poder estimar lo que ama.
No tengo dominio alguno
en su hija de usted: mis armas
no son la reconvencion,
el precepto la amenaza;
sí la advertencia oportuna
y la persuasion mas blanda.
Debemos ser indulgentes
con las flaquezas humanas;
compadecer y guiar
al que sigue senda errada.

Gonz. Obra de misericordia.

Pero usted porqué se afana?

Eug. Por su bien... y por el mio.

Gonz. Expliquémonos en plata,
y sin rodéos: á usted
le hace fuerza la muchacha;
pero antes de pretenderla
quisiera verla enmendada
de esas faltillas, que solo
mi hermana y usted reparan.
No es esto? Clar. Como hombre cuerdo,
hace bien en repararlas.
Y no me dirás, Gonzalo,
qué mejor suerte preparas
á mi sobrina? Ya tienes
experiencias reiteradas
de la amistad, de las prendas
de D. Eugenio. Gonz. Negarlas
fuera injusticia; y le debo
finezas extraordinarias.
Mira: yo soy un perdido,
que en dos dias malgastara
mi caudal: le tengo en manos
del señor, puesto á ganancias;
y parte liberalmente
conmigo quantas ventajas
le produce en Cataluña
la fabrica celebrada
de que es dueño. Cobro limpia
mi renta de polvo y paja
y tengo mi capital
asegurado. Esta gracia
merece que en quanto penda
de mi arbitrio le complazca.
Clar. Y si aspira á ser tu yerno?

Gonz.

Gonz. Desde ahora le doi amplia licencia y mi bendición. Pero resta ver si agrada esta elección á la chica; porque eso de violentarla yo la voluntad, es cuento. Ella dice que la cansan las serias moralidades con que el amigo declama, y que, en vez de oír requiebros, no oye mas que repasatas. Luego, como la pretende el Marqués de Fontecalda: y ella se afirma en que es ésta la boda que mas la quadra, yo qué he de hacer? *Clar.* Esa boda...
 Gonz. Que tiene? *Clar.* Es disparatada.
 Gonz. Pero el Marqués es un mozo...
Clar. A quien no conoces. *Gonz.* Basta para conocerle ver como se porta, como habla, su buen modo, su instruccion...
Clar. La tiene en todo y en nada.
Gonz. Ha corrido Cortes... *Clar.* Muchas; pero sin provecho. *Gonz.* Hermana! *Bas.* Los que viajan deseando ser útiles á su patria, observan mas y hablan menos que el Marqués; pero gran charla, no profundizar las cosas, decidir con arrogancia, y hacer un cruel estrago en la lengua Castellana, es todo el fruto que logran esos que tan solo viajan para decir que han viajado; y que en mui pocas semanas, corriendo la posta adquieren los principios que les faltan.
Gonz. Yo se que es noble el Marqués, se que nació por extrañas casualidades en Cádiz, y se ha criado en España; mas su familia, sus rentas y título son de Italia.
Bas. Te ha mostrado documentos?
Gonz. Algunos; y otros se aguardan antes de efectuar la boda.
Bas. Luego la tienes tratada?

Gonz. Y tan de veras, que ya he soltado mi palabra.
Clar. Inconsideradamente.
Gonz. Sea; pero está empeñada: y sobre todo, la chica lo quiere: allá se las haya.
Clar. La conformidad alabo.
Gonz. Doña Ambrosia me la alaba tambien; aprueba esta boda; y sabrá sacar la cara por el Marqués contra todos.
Clar. Y por ella quien la saca?
Gonz. Yo, que defendiendo su genio, su hidalguia, su crianza, su entendimiento y buen trato. Aunque por una desgracia ya no es rica, y su marido fue comerciante... *Eug.* O qué falsa opinion! Pues por ventura haber estado casada con un negociante honrado es desdoro? *Clar.* No se trata de linages. La conducta es la que humilla, ó exalta. Doña Ambrosia ha sido siempre superficial y voluntaria.
Gonz. Ya: de toda muger viva, alegre y de rompe y rasga se dice lo propio. En fin, callemos: no tiene gracia. Que, viniendo á divertirnós, nos trabemos de palabras. Eh! no hai que tratar aquí de negocios: allá en casa. Hoi fiesta y bulla: y si nó, oigan ustedes la que anda.
Suenan adentro guitarras, y vocería. L. La cuadrilla de majos, formada en el patio, trae en medio de él á D. Pepita, vestida de maja, tambien D. Ambrosia, la qual viene fuera del corro.
 ESCENA V. D. Pepita, D. Ambrosia, D. Gonzalo, D. Clara, D. Eugenio, D. Basilio, el tio Pedro, Bartolomé los majos, y majas, brincando, y tirando los sombreros al aire, con grande algazara.
 Unos Que viva la Señorita!
 Otros Que viva la flor de España!
 D. Ambrosia saluda á los concurrentes

y cesa la música.
Bart. Diga uste tambien conmigo, tio Pedro, que viva el ama!
Ped. Tú dexalos que alboroten. Por qué te metes en danza?
Pep. Chicos! Prosiga la broma. De qué sirve esa guitarra?
Clar. Pero saluda á las gentes; ten mas modo. *Pep.* Qué substancia! *Clar.* Has perdido el juicio? *Pep.* Pues: me lo habré dexado en casa. Lo dice usted porque vengo alegre? Pues el que traiga mal humor, que se lo cure como le diere mas rabia. Es esto funcion de campo ó algun duelo? A qué nos llaman? A estarnos siete personas mirándonos á las caras? Tasadamente sería una fiesta mui salada, si no hubiera yo pensado en traer para animarla esta cuadrilla, que toda es de la cáscara amarga. Toma! Y esperaba yo que me dieran muchas gracias de que les traigo al famoso Repulgo, á la Amotinada, y á Curra, que bailarán en la punta de una lanza. Con esto nos divertimos en forma; y no con fantasmas espetados. Canta aquellas al de la seguidillas que me agradan (guitarra. tanto: las del seis y siete. Vamos allá. Y tú arbolaria, á una de te vienes sin el pandero? (las Majas. Tia mia, me alegrara que usted la oyera: executa... Con un gusto y una gracia...
Clar. Es delicado instrumento, y de mucha expresion. *Pep.* Basta que á mi me guste. Cabal. Toca, si quieres. Aguarda; sacaré mis castañuelas. *las saca y se pone.* *Gonz.* Qué alegre! qué vivarachal! *Clar.* hija de padre por fin.
Amb. Pero si en Madrid no se halla Señorita mas jovial, mas complaciente, mas llana...
Clar. En efecto: de llanezas no suele ser mui escasa.
Pep. Qué! Sermoncito tenemos? Temprano. Pues ya no hai nada de lo dicho. *Gonz.* No te enfades hija. *Pep.* Pronto se despacha esta comision. Afuera, *Quítase las castañuelas y las arroja.* á fuera galas profanas. Se acabó el baile. *Amb.* Pepita! *Pep.* Dame unas tixereras. *Amb.* Vaya: para qué? *Pep.* Damelas. *Amb.* Toma, da. *Pep.* Ea! Venga esa guitarra. (se las da. *El Majo se la entrega.* *Amb.* Qué quieres hacer? *Pep.* Justicia. *Amb.* Con quien? *Pep.* Con esta malpara que no venga aquí (vada, á alborotarnos la casa.
Corta las cuerdas; y vuelve la guitarra al Majo. *Clar.* Qué prontitudes tan necias! *Pep.* Si quiero. *Clar.* Quiero es palabra de Rei. *Pep.* Pues si no, diré que me ha dado la regana. Es palabra de Rei ésta?
Clar. Esa es de gente ordinaria. *Pep.* Lo sabré para otra vez. Tio Pedro? *Ped.* Aquí estoi, nuestra. *Pep.* Usted como Mayordomo... (ama. *Ped.* Aunque endino, lo soi. *Pep.* Haga que den muy bien de almorzar á toda esa gente honrada. Adentro, amigos, adentro; á remojar la palabra; y luego, ya que á vosotros, y á mí tambien, nos desairan, un pié tras otro á Madrid.
Amb. Pero. *Pep.* No hay pero que val. Allá me portaré yo (ga. con todos. Hasta mañana.
Ped. Yéndose con los majos. Escurrámonos de aquí; que el tiempo está de borrasca.
Bart. presentando á Pepita las castañuelas que ha recogido. Señora las castañuelas... Si usted las quiere. *Pep.* Arrojarlas al pozo. *Bart.* Vengan acá guardándolas á la postre algo se saca (se las da. de

de la dependencia. *Pep.* Señores, (faltriq. la pelotera esta armada, y toda la diversion se ha vuelto agua de cerrajas: con que así. Bartolo! *Gonz.* Ustedes sofocan á la Muchacha.

Pep. Dí que no quiten el coche. á *Ambrosia.* Podemos tomar la ruta, amiga; que aquí las dos ya estamos de sobra: á casa. Y ustedes se quedarán á hacer vida solitaria.

Gonz. Deténgala usted, vecina. á *Amb.* Niña, espera. *Clar.* Nó: dexarla. El fin es que esté contenta.

Pep. Ya. Quiere usted que me vaya? Pues me quedo. *Gonz.* Ea: tratemos de aprovechar la mañana. Vamos á dar una vuelta por aquí, mientras nos llaman al desayuno. Ven, hija.

Pep. Yo? Luego iré. á *Bartolo.* Que me traigan el bastidor de bordar.

Bart. No es un armatoste? *Pep.* Marcha.

Bart. Como aquello en que se pone la ropa para enxugarla?

Pep. Sí: el bastidor; bruto, bestia....

Bart. El que ha venido á la zaga del coche?... *Pep.* Mira, bribon, no te harte de bofetadas.

Bart. Voi allá. (Qué malas pulgas!) *vas.*

Clar. Bien pensado! En Madrid pasas mano sobre mano meses enteros; y hoi que se trata de gozar del campo, venga la labor. Moza aplicada!

Pep. Estoy bordando un chaleco; y le he de acabar sin falta mañana mismo. *Clar.* Adelante.

Vamos, Señores. Trabaja. á *Pep.*

Gonz. Se queda usted, Doña Ambrosia?

Amb. Es preciso acompañarla.

Vanse por la izquierda Don Gonzalo, Doña Clara, Don Eugenio, y Don Basilio. Vuelve Bartolo con el bastidor a un lado. (ca Bartolo silla alta.

Bart. Aquí lo traigo. *Pep.* Una silla. acer-

Bart. Aquí la pongo. *Pep.* Una baxa, alarbe. *Bart.* Aquí está. Qué mas?

Acerca una silla baxa.

Pep. Que te mudes. *Sentándose.*

Bart. Pues mudanza. *vas.*

ESCENA VI. *D. Pepita bordando; y D. Ambrosia.*

Amb. Quién como el Marques merece que esas manos delicadas se empleen?... *Pep.* No le hará daño.

Amb. Cómo no? Pues tú pensabas regalarle ese chaleco.

Pep. Es verdad. *Amb.* No te idolatra? No es ya tu Novio, aprobado por Don Gonzalo? No le amas?

Pep. Ya estoi de otro parecer murió el Marques: y en sus barbas he de hacer esta fineza á Don Eugenio. *Amb.* Inconstancia! Injusticia! A Don Eugenio, que te pone tantas tachas, que con sus exhortaciones ridiculas te empalaga?

Pep. Cierto; pero el Marquesillo me tiene mui enfadada.

Amb. Porque ofreció acompañarnos hoi...? *Pep.* Y nos dexó plantadas.

Amb. No habrá podido tal vez....

Pep. Pues que pueda, pese á su alma.

Amb. Quexitas? Yo haré las paces.

Pep. Bien; como yo no las haga....

Amb. El te desenojará.

Pep. Que si quieres! *Amb.* Calla, calla, ya le tenemos aqui. Qué presencia tan gallarda! Mirale. *Pep.* Mui buen provecho.

Amb. Cuidado como le tratas.

ESCENA VII. *D. Pepita, D. Ambrosia, y el Marques mui petimetre, sin espada.*

Marq. Ah! que vengo penetrado de un dolor cruel! Madamas! He faltado al *randé-vú.* Como es corréo de Italia hoi precisamente, quise dexar escritas mis cartas.... Y bien, amable Pepita? Qué! Recibirme indignada! No merezco un golpe de ojo lisonjero? una palabra consolante? Me delato, soi un criminal. *Pep.* Machaca!

Marq. Tenga usted la complacencia

de

de hacerme por pura gracia el honor de querer darse la pena de oír la causa de tal inexactitud.

Este aire brusco me alarma.

Si: mi delito es enorme, atroz; me cubre de infamias, pero yo haré mis excusas, ó esta casa de campaña será para mi el teatro de una escena sangüinaria.

Ah! Ya la conjuro á usted....

Pep. Estoy acaso endiablada?

Amb. Vamos, Pepa... Marquesito, esta será alguna chanza.

Marq. Pero á bien que justamente traigo aquí con que aplacarla: un sacrificio que ha dias juré ofrecer á sus aras como el mas tierno homenaje... *saca* Una lista detallada (un monton de de las jóvenes bellezas (papeles, que han sido objeto de varias intrigas galantes mias en Londres, París, La-Haya, y otras Cortes. Estos son (sin que parezca jactancia) billetes que me han escrito en lengua Inglesa, Italiana, Francesa, et cétera: algunos retratos que conservaba de mis favorecedoras, y otras pequeñas alhajas, que, quando no conocia á la beldad que hoi me encanta, eran para mí de un precio.... Pero ya solo ella manda. Todo se lo sacrificio: y además....

Amb. Niña, levanta la cabeza. No agradeces semejante expresion? Habla.

Marq. A lo ménos, yo obtendria mi perdon, como escuchara Pepita esta produccion en verso, que á su alabanza he escrito ayer. No imagino que su labor la distraiga tanto, que dude acordarme la bondad de oír. En Francia las que ponen mas en boga

unos versos, son las Damas: llenas de conocimientos, todas son allá ilustradas.

Yo leo. *Amb.* Pues atendamos.

Marq. Esta es la primera octava.

Lee. „Tu ascendiente feliz, que me electri- „pone en juego del alma los resortes; (za, „y si el nupcial concierto se organiza, „él hará remarcables mis trasportes: „mi pasion con la tuya simpatiza, „batiendo el corazon pianos y fortes; „y de esta vibracion interesante „tú eres muelle real, y yo el volante.

Amb. No oyes qué graciosos versos?

Doña Pep. Con mucha prontitud.

ai, Doña Ambrosia de mi alma! de lo que me acuerdo ahora!

Amb. Dí: por qué te sobresaltas?

Pep. Ah! mi perrito Jazmin!

Se nos ha quedado en casa. Lo primero que encargué.... La tonta de mi criada!

Voi á enviar por él. *gritando.* Bartolo.

En voz baxa. La despediré. Qué rabia!

Gritando. Tio Pedro! Nadie responde. Mejor será que yo vaya.

Ah! mi pobre Jazminito! Qué hará solo allá sin su ama?

Vase precipitada por la puerta del frent.

Amb. Marques mío, vamos; que estos caprichos pronto se pasan. En todo caso, recojo los billetes, y esa octava, que á su tiempo harán efecto. El asunto de importancia que tenemos entre manos es executar la traza que usted ha inventado, á fin de que Don Eugenio caiga hoi de la gracia del padre. Se ha fingido ya la carta consabida? *Mar.* Aqui la traigo. *Sacan-*

Amb. Pero no viene cerrada. (do una

Marq. Abierta, y sin sobrescrito. (carta.

Amb. De ese modo se solapa mejor el engaño. Ahora pensemos como dexarla caer en la faltriguera de Don Eugenio *Marq.* Con maña el golpe de mano es fácil.

Se acerca usted, verbi gracia, cuando él esté distraído; y muy pronto en la casaca....

Amb. Venga la carta; que yo así á la disimulada....

Marq. No se apercebirá de ello.

Amb. Y si acaso lo repara, diré que iba á darle un chasco.

Estoi viendo ya que el gana á Don Gonzalo, y aun temo que tal vez á la muchacha, como no andemos mui listos.

Le protege Doña Clara, que está mui mal con usted y conmigo. Alguna trama discurrirémos tambien para que hermano y hermana vuelvan á descomponerse; por que si esta remilgada no salta luego de aquí, dos bodas nos desbarata: ni usted logrará á Pepita, ni yo seré su madrastra.

Marq. A propósito, señora: lleva usted mui avanzada su pretension con el Padre? El hace ver repugnancia al matrimonio. Y qué importa? Redoble usted sus instancias. No es joven; pero el carácter es dulce; no pára en casa; en fin, será un buen marido. Y luego son tan escasas las bodas ricas. *Amb.* En eso estoi: la ocasion es calva; y ya sobre la materia le he dado alguna puntada. Pero aun mas le estrecharé hoy. *Marq.* Sí con toda eficacia, mi adorable protectora; y mientras usted ataca al padre, yo con la hija....

Amb. Chito! que ya está en campaña Don Eugenio. Aquí entra el golpe.

Marq. Pues, amiga, alerta! al arma! Este plan; este complot es nervio de nuestra alianza.

ESCENA VIII. El Marques, D. Eugenio, D. Ambrosia, leyendo los versos. *Eug.* Señor Marques, bien venido,

Marq. Servitor. *Amb.* Y la comparca?

Usted separarse de ella!

Pero ya: lo que alla falta es lo que usted busca aquí.

Eug. No, señora: esto buscaba.

Toma el quitasol que dexó D. Clara sobre una silla, y hace ademan de irse.

Amb. Ese quitasol? *Eug.* Le pide mi Señora Doña Clara.

Amb. Don Eugenio: tan de prisa?

Quiero, ántes que usted se vaya, que lea y juzgue estos versos. *se los Son de un nuevo autor, que calla (entre su nombre. Con libertad: (g.a. diga usted: esa elegancia no es mui comun. Eug.* Antes pienso *Despues de haber leído.*

que en nuestros tiempos no es rara.

Como esto se escribe tantol!

Triste lengua Castellana!

Qué transportes remarcables!

Y qué resortes del alma!....

Marq. Ha! miserables Puristas. *riéndose.*

Y han de ser los que no viajan conocedores en lenguas?

Qué absurdidad! *Eug.* Las extrañas

aprenden viajando algunos

razonablemente, y gracias;

pero despues á viciar

la suya nadie les gana.

Marq. Ni tampoco á enriquecerla.

Eug. Segun: porque hai abundancia

que es superfluidad y vicio

D. Ambrosia introduce al descuido la

carta en el bolsillo de la casaca de D.

Eugenio, mientras éste disputa con el

Marques.

Marq. Como! Sin salir de España

se atreven á razonar!

Eug. Es mui poco lo que gana

en viajar el que no lleva

la instruccion anticipada;

y enseña el ver muchos libros,

mas que el ver muchas posadas.

Marq. Y sostendrán que no es éste

el taller de la ignorancia!

Eug. Aborrezco las disputas,

y mas, siendo de esta casta.

Volviendo el papel á Doña Ambrosia.

usted me dé su licencia;

que

que en semejantes demandas del que mas habla es el triunfo, y la razon, del que calla.

Marq. Aquí el sentido comun y el gusto van á la diablo.

Despues de darse los aires

de mi rival así ultraja

á personas de mi rasgo!

ya nos verémos. *Amb.* Cachaza,

Marqués: sosieguese usted;

y al negocio. La artimaña

salió mui bien. Quando él vea

lo que contiene la carta,

y Don Gonzalo reciba

la otra que aquí le traigan,

confirmando el mismo aviso

de que están de mala data

en Cataluña las cosas

de la fábrica, ya se arma

una buena tremolina.

No le arriendando la ganancia

al Don Eugenio. Si, entrando

los dos en desconfianza,

reñiran. *Marq.* Lo creo bien.

Nada mejor. *Amb.* Y quedaba

por nuestro el campo, en logrando

desquiciar á Doña Clara.

Marq. Ah! no existe una muger

mas secatora: montada

á la antigua, misantropa;

y sin una idéa exácta

del buen tono y del gran mundo.

Es mui probable que nazca

de sus funestos consejos

la mutacion tan extraña

que encuentro en la Señorita.

Porque al fin (dexando aparte

procuraré de calmarla;

que me agrada la elegancia

de su figura) es partido

excelente; me entusiasma:

y aunque veo que en el fondo

ella está mal educada,

el dote no es bagatela;

cuento sobre él; y tomadas

tengo todas mis medidas

para llevarmela á Italia.

Allí se vive, señora. *Amb.* Ya viene.

SCENA IX. D. Ambrosia, el Marqués,

D. Pepita que sale por la puerta del

frente; y despues el tio Pedro.

Amb. ¡Qué cabizvaxa!

¡qué suspensa! Y Jazminito?

Pep. sentandose. He mandado ya que parta Bartolo á Madrid por él.

Amb. Estarás tranquilizada

con eso; y harás mas caso

del Marqués. *Marq.* Usted pensaba

en un pequeño animal

mas que en su amante. Trocara

mi situacion por la suya.

Amb. Perdonale ya su falta.

Pep. Vaya: á trueque de no oir *Risue-*

lástimas... por perdonada.

Marq. Qué delicia! Estas bondades

sobrepasan mi esperanza.

Permita usted que á esos pies *arrodi-*

yo me prosternae, me abata, *llase.*

me confunda. Ah! qué sonrisa

tan insinuante! *Ped.* Naranjas!

Saliendo de repente, y quedandose

suspense al ver al Marqués.

¡Con qué devocion está!

La Señorita y el Marqués, sin aten-

der al recado que dá el tio Pedro, con-

tinúan hablando en secreto.

Ped. Señora. *Amb.* De qué se trata?

Ped. Un recáo. *Amb.* No es ahora

tiempo. *Ped.* Es que el perrito. *Amb.* Na-

Ped. Parece ser, segun dice *da.*

el lacayo. *Amb.* Qué matraca!

Ped. Oiga su mercé. *Amb.* Dexarlo.

Ped. Que es escusao que vaya

Bartolo por él. *Pep.* Qué ha dicho?

Amb. Tontunas. Tio Pedro, basta,

Ped. Pues volviendo á lo del chucho,

diz que hoi á la madrugada.

Amb. Dale! *Ped.* Dexaron la puerta

abierta, y se jué de casa.

Pep. Ai, querido mio! *Marq.* Amable

Belleza! *Pep.* Prenda de mi alma!

Qué hermosos ojos! *Marq.* Favor

que no merezco. *Pep.* Qué cara!

Marq. Ella y todo es de Pepita.

Pep. Tan vivo, con tanta gracia!

Marq. Ah! Mesonrojo. *Pep.* Y qué fino!

Marq. Fino sí soi. *Pep.* Y unas lanas

como la seda, una cola

tan larga, tan enroscada!...

Marq. Como! Quién? Jazmin! Ah! sí,

Yo

14

La Señorita mal criada.

Yo pensé que usted hablaba conmigo. *Pep.* Con el demonio (*Levan- hablaré: voto á la trampa!*) (*tandose le haré poner en el Diario (irritada. dos veces cada semana.*

Amb. Aquietarse; que tu tia vuelve ácia aquí; acompañada de toda la gente sería.

Pep. Pero, amiga, aquella mancha rubia que tenia en medio del lomo. *Amb.* Pepita, calla.

SCENA X. *Los mismos, y D. Clara, con quitasol, D. Gonzalo, D. Eugenio, y D. Basilio.*

Gonz. Llegó usted por fin, Marqués. El Marqués hace, sin hablar, dos ó tres cortesías afectadas.

Gonz. Vamos adentro, á la sala; que el almuerzo está esperando.

Ped. Y se enfriarán las magras. *vase.*

Gonz. Pepa, vén. *Pep.* Estoy ahora de mal humor. Si probara bocado, se me volviera veneno. *Gonz.* Pero, muchacha.

Pep. Ustedes se han paseado? Pues ahora me da gana de pasearme tambien.

Clar. Para llevar la contraria.

Pep. Y para estar sin fiscales; que quando tengo mis rabias, me las paso yo solita, (muy buen provecho me haga.)

Sin incomodar á nadie con respingos, ni alharacas. Y sobre todo (me explico?)

á quien ponga mala cara, otra peor; que quien debe

ni y pagá, no debe nada. *vase.*

Clar. Lo vés, Gonzalo? *Gonz.* Y á mí qué me dices? Vaya hermana,

Marqués, Doña Ambrosia, entremos.

Marq. Ah, Señor! Que yo privara á usted jamas del derecho de dar el brazo á esta Dama! adelante: alon. *Marq.* No viene.

D. Ambrosia se va por la puerta del frente con D. Gonzalo, dandola éste el brazo.

mi Señora Doña Clara?

Clar. Entre usted, que ya seguimos

Marq. encogiendose de hombros, y haciendo una reverencia.

San fason. Esta antigualla de la etiqueta es inútil. *vase.*

Clar. Y si lo es, para qué usarla?

Don Eugenio, mi sobrina confirma su extravagancia cada vez mas. *Eug.* Con todo eso no me parece tan ardua la empresa de corregirla.

Clar. Su afecto de usted le engaña.

El tiempo dirá: veremos quan poco fruto se saca. Yo estimo á usted por su juicio, por su honradez consumada; y estoy previendo el sensible desaire que le amenaza.

Bas. Lidiamos, amigo mio, con una gente muy rara. Novio, un Marqués, que en dos meses logra aqui tal confianza, sin mas motivo que haber baylado dos contradanzas con la Chica no sé donde, y ofrecerle ella la casa.

Protectora, una vecina imprudente, casquivana, que fomenta los caprichos de esta Niña mal-criada.

Testigo de todo, un padre que nunca se inquieta, vayan como vayan los negocios.

Por una parte declara que la Pepita será de usted, como la persuada; por otra, que ella prefiere al Marqués; que violentarla la voluntad no es posible; y que él dió ya su palabra.

Luego ha dicho que las cosas estan tan adelantadas, que ya Doña Ambrosia cuida de la eleccion de las galas para la boda: y lo bueno es que el tal Marqués se encarga del aderezo, diciendo que le hace venir de Francia, y le introduce por alto.

Yo me temo alguna maula; porque mi hermano soltó

para comprar esta alhaja diez mil pesos; y aunque dice el Marqués que está girada la letra á París, quién sabe si tal vez.... Con verlo basta.

Clar. Y para venir á ser testigo de una desgracia ha querido usted sacarme de mi retiro? No estaba mejor léjos de un hermano incapaz de remediarla? Le exhortaré nuevamente para que se apuren quantas diligencias penden ya de mi influxo. Saldrán vanas; pero á lo menos me empeño en quedar acreditada con usted de buena amiga, y con él de buena hermana.

Bas. Yo ayudaré por mi parte. Mas ya adentro nos aguardan. Vamos. *Eug.* No me desalientan las disposiciones dadas por Don Gonzalo. Me estima; y puede aun revocarlas.

Clar. Y el Marqués? *Eug.* Le falta seso; y podrá perder la gracia de hija y padre. *Bas.* Y Doña Ambrosia?

Eug. Por lo mismo que ya manda demasiado, es muy posible que llegue á no mandar nada.

Clar. Pues qué falta para el logro de tan buenas esperanzas?

Eug. Que tenga yo tal industria, tan persuasivas palabras, que muestre á la Señorita los vicios de su crianza, y la pruebe que llevando siempre la razon por pauta, quien los detesta de veras, de veras los desarraiga.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I. *D. Gonzalo, el Marqués, y D. Ambrosia.*

Gonz. Tambien es fuerte rigor, no han de permitir siquiera que, quando vienen al campo quatro amigos, se diviertan? Sobre que me han puesto ya de mal humor.... Y es empresa

que pocos han conseguido.

Marq. No conocen las maneras de la buena sociedad; no saben vivir. Si vieras qué deliciosas partidas de campaña, qué soberbias *Vilechaturas* se forman en Italia; en Inglaterra! Es otro método aquel.

Animada una asamblea con los nobles sentimientos que la inspira una docena de botellas de Champaña.

Gonz. Nó: por acá bien alegra el de Xerez. Pero, amigo, todo se vuelve hoy reyertas aquí. Vea usted mi hermana qué sería está! Mas valiera no habernos reconciliado, ni pensar en tener fiesta. Desazona desde luego á la Chica. Entonces ella, como sufre pocas chanzas, toma el portante, y se queda sin almorzar. Esos majos bailarines, que pudieran alegrar esto, se marchan.

Don Eugenio con sentencias nos muele; y usted ahora traba con el en la mesa cuestiones sobre los viages, sobre el idioma; se alteran los ánimos; y así damos con la diversion en tierra. Soi amante de la paz; y por huir de pendencias, allá los dexo, y me iré por ahí con mi escopeta.

Ambr. Siempre toma Don Eugenio

por pretexto esas materias

y para oponerse al Marqués;

pero, amigo otra es la guerra

que él quisiera hacerle. *Gonz.* Ya:

resentido de que Pepa

no se inclina... *Amb.* Ese es el pique,

mas qué pretension tan necia!

querer que ame una muger

por reflexion! A bien que ella

no es tonta: elige á su gusto;

y no es regular que atienda

al filósofo que exhorta
mas que el galán que la obsequia.
Marq. Usted no es padre tirano.
Gonz. Y ella ajustará sus cuentas;
que á mí

SCENA II. *Los dichos, y el tio Pedro con una carta en la mano.*

Gonz. Qué es eso? *Ped.* Una carta.
Gonz. Hombre! ni aun aquí me dexan respirar? Cierito que estamos hoy para correspondencias.

Ped. mientras *D. Gonzalo abre y lee la* la truxo un hombre de capa, carta. y no ha esperao respuesta.

Diz que vinia de parte de uno que no se me acuerda el nombre. *Gonz.* No tiene marca del correo en la cubierta.

Amb. Será de Madrid. *Gonz.* No tal.

Marq. La habrán enviado de fuera inclusa en otra, encargando la comision de su entrega.

Gonz. Así será.... Pero aquí se me dan noticias. *Amb.* Buenas?

Gonz. Diabólicas. Oiga usted.

Lée. „Mui señor mio: Aunque no „tengo el honor de conocer á usted sino „de reputacion, la probidad me exhorta „á comunicarle un aviso importante. El „corréo último hice saber á Don Eugenio „de Lara que los que le administran la „fábrica ó manufactura que ha establecido en esta Villa; le han malversado „una suma enorme; y que viendose „ya en un descubierto que no puede tardar en hacerse público, están preparando secretamente su fuga fuera de „España, y dexarán arruinado al propietario. Vengo de saber que es usted „uno de los principales interesados en „los fondos de la fábrica en cuestión; y „sensible á una tan desagradable catástrofe de que está amenazado, le doy „reservadamente la misma noticia para „su gobierno: bien entendido que éste „es un secreto que nadie sino yo ha penetrado hasta ahora.“ Firma *D. Victor de Sierra.*

A Dios! voló mi dinero.

Amb. Que á un hombre de bien suceda

qualquier contratiempo, vaya; pero usar tanta reserva con usted!... De Don Eugenio digo que no lo creyera.

Marq. Con que éstos que aun no se juzgan susceptibles de pequeñas faltas, y secan al mundo con su gran moral.... *Gonz.* La pegan lo mismo que todos. *Marq.* Yo le presentara la quexa la mas amarga. *Gonz.* Sí; amarga, agria, y con sal y pimienta.

Amb. Sobre mi dinero voces.

Gonz. Ahí es una friolera!

Oh! nos verémos las caras.

Amb. Por eso he notado señas de tristeza en Don Eugenio.

Marq. Quien duda que su conciencia le habrá estado reprobando esta falta de franqueza con un amigo? *Amb.* Usted saque con la mayor diligencia de poder del señor mio todo su caudal. Las pruebas que da usted de generoso son loables; pero llegan las cosas á cierto punto....

Gonz. Ya tomaré providencia.

Tio Pedro está Don Eugenio adentro? *Ped.* Cacia la huerta le he visto con la señora Doña Clara. *Amb.* Mui estrecha se va haciendo esa amistad.

Marq. Tambien tienen sus flaquezas los filósofos: prodigan sublimes rasgos; condenan todo capricho amoroso; declaman: pero se dexan seducir del bello sexo.

Amb. Conviene que usted se vea con Don Eugenio quanto antes. Marques, el señor se queda. Vamos á nuestra partida de tresillo. *Ped.* Ya está puesta la mesa. *Amb.* Endonde? *Ped.* En la sala.

Marq. Debaxo de la gloriera estaríamos mejor situados. *Amb.* Llevar la mesa allá tio Pedro y baraxas.

Vase el tio Pedro; y sale D. Basilio

SC

ESCENA III. *D. Gonzalo, D. Ambrosia, el Marques, y Don Basilio.*

Gonz. A Dios, hermana.

A Ambrosia. Y quién terciá?

Amb. Pepita: eso ya se sabe.

Gonz. Donde andará la tal Pepa?

Bas. Tanto disgusto parece la causa nuestra presencia, que por huir de nosotros, (segun Bartolo nos cuenta) se ha ido en una borrica á corretear por las eras, escoltada de los mozos de labor. *Gonz.* Es traviesa como ella sola. *Amb.* Pues bien: dexarla que se divierta. Si volviere por aquí, decirla que allá la espera el Marques. Hasta la vista.

Marq. Andiamo.

Vase con D. Ambrosia por la izquierda. El tio Pedro y Bartolo salen por la puerta del frente, llevando una mesa de juego. Bartolo vuelve la cara como para escuchar, y se va deteniendo.

Ped. Acá por la izquierda.

Menéate. *Bart.* Poco á poco.

Ped. Vas volviendo la cabeza, y despacito, por si oyes lo que los amos conversan. (tiendo.

Bart. Quien yo? *Ped.* Sí; tú: ya te anda, hombre. *Bart.* Si en esta pierme ha dao como un calambre. (na

No arrempuje uste. *Ped.* Arréa.

Vase por la izquierda.

Bas. Hermano, escucha un momento.

Gonz. Estoy de priesa. *Bas.* Quisiera consultar algunas dudas

contigo. *Gonz.* Bien: como sean brevecitas. *Bas.* Solo haré quatro preguntas ligeras.

Gonz. Pues á la quinta no aguardo.

Despachemos. *Bas.* La primera.

Por qué te dexas mandar de esta viuda tan á ciegas?

Gonz. Porque es mis pies y mis manos; porque mi casa sin ella se perdería; porque es ella quien me la gobierna, y pudiera gobernar

una Monarquía entera;

porque no es aya, ni amiga, ni compañera de Pepa; sino una segunda madre....

Bas. Y excelente consejera.

Gonz. Como que tiene talento.

Bas. Lo dirán las conseqüencias.

Y por qué te pagas tanto del Marques? *Gonz.* Porque sus prehan agradado á la chica; (das y en estando ella contenta, lo estoi yo. Van dos preguntas.

Tercera. *Bas.* Y cómo se empeña Doña Ambrosia en proteger á un forastero que apenas conocemos? *Gonz.* Es que ciertos sujetos tienen estrella con las damas. *Bas.* Y por qué?

Gonz. Porqué? Quieres que lo sepan los hombres: si muchas veces tampoco lo saben ellas?

Bas. Y es posible que, debiendo tu hija por su nobleza, gallarda persona, y dote, emplearse bien, consientas que un capricho. *Gonz.* Qué capricho? El de querer ser Marquesa? (cho?

Pues muchas lo tomarían á dos manos. *Bas.* Considera que tiene muchos resabios, y no procuras su emienda.

Gonz. Porque no hallo que emendar; y por que quiero que sea franca, alegre, sacudida, no sosa, ni zalamera, y que al lucero del alba responda, quando se ofrezca, una claridad. Estamos?

Bas. Ya; pero no me hace fuerza.

Gonz. Tienes mas que preguntar?

Bas. Nada: y segun tus respuestas, aun de lo que he preguntado te aseguro que me pesa.

Gonz. Pues á Dios. *Bas.* Hermano, allá lo verás. *Vase por la derecha.*

Gonz. Enhorabuena.

El tio Pedro y Bartolo llegan de vuelta al tiempo de concluirse esta conversac.

ESCENA IV. *D. Basilio, el tio Pedro y Ped.* Ya te lo igo: algun chasco (Bartolo.

C

pués

puede ser que te suceda
por esa maldita maña.

Bas. Vaya por qué es la pendencia?

Ped. Porque este Bartolo too
lo parla, y too lo acecha:
curioso, y mormurador.

Bart. Curioso. Si no lo juera,
no sabria algunas cosas
que otros quisieran saberlas.

Bas. Qué cosas? *Bart.* Con estos ojos
que han de comer la tierra.

Vi yo.... *Bas.* Qué viste? *Bart.* Y oí
con estas mismas orejas....

Bas. Qué oiste? *Bart.* Pero mas vale
callar, porque no haya gresca.

Bas. No la habrá: dí. *Bart.* Estaba yo
compuniendo unas macetas
allí etras: y el Marques
(mi señor) en gran conversa
con Doña Ambrosia.... Y dirán
que uno tiene mala lengua;
pero las cosas de que ellos
platicaban no eran güenas.
Y despues aquella acion
que les ví hacer.... Ah! Vergüenza
me diera á mí, aunque soi probe....
Ea: dexémoslo. *Bas.* Espera.

Bart. Voi á coger unas pocas
de lechugas, y unas brevas
para meo-día. Luego
le daré á su mercé cuenta
de toico; que estas cosas
no es menester que las sepa
naide, sino quatro, ú cinco,
ú seis personas de aquellas
de satisfacion. *vase. Ped.* Por poco
no añade hasta dos docenas.
Señor, usted no haga caso.

Bas. Tal vez será una simpleza,
ó tal vez, cosa que importe.
Lo seguro es que usted vea
como puede sonsacarle,
y traerme la respuesta.

Ped. No habrá menester tenazas;
y de aquí una hora, ú media,
trairé yo la razon de eso,
y mucho mas que él supiera.
Poquito le gusta al mozo
meterse en vias ajenas!
Voi tras él.

vase.

ESCENA V. *D. Clara, D. Eugenio, y
D. Pepita, que salen por la izquierda,
y D. Basilio.*

Bas. Ah! Sobrinita
mia, bien venida seas.

Pep. Vamos, tio: usted tambien
entrará en la conferencia;
y de una vez para siempre
trataremos la materia
con toda formalidad.
Despacito, y buena letra.
Sentemonos. *Siéntanse los quatro.*

Bas. El asunto parece que va de veras.

Pep. Tendremos aquí los quatro
una junta; y en presencia
de mis tios, que me están
tratando de calavera,
se explicará Don Eugenio:
sabremos todos qué piensa
de mí: sabrá lo que pienso
yo de él: se dará sentencia,
á ver si, quedando en una
cosa fixa, dentro ú fuera,
consigo que ni él ni ustedes
me rompan mas la cabeza.

Clar. Me gusta esa claridad.
Ahora si que das pruebas
de tener juicio. *Eug.* Empecemos
á exâminar con prudencia
tan importante negocio.
Yo, Señorita.... *Pep.* Mi arenga
es ántes que la de usted.

Bas. Sí que hable primero. *Pep.* Atiendan.
Este caballero ha dias
que con solemnes protestas
afirma gustar de mí;
pero no sé como entienda
esta aficion. Unas veces
se muestra fino; pondera
mi tal qual mérito; y pasa
á mi lado horas enteras,
âcreditando que está
contento; y que se interesa
en mi bien. Mas otras veces
se disgusta; vitupera
mis palabras, mis acciones
y en tono de que aconseja,
me va poniendo unas tachas
fatalísimas: me alega
exemplitos; y en hallando

ocasion, no hai indirecta
que no me suelte al descuido,
y siempre en cabeza ajena.
Pues que nota en mí defectos
(que yo no sé quales sean)
ó no me quiere, y me engaña,
ó solo me quiere á medias;
y en uno y en otro caso
me resiento de la ofensa.
Si tengo las nulidades
que supone, nada cuesta
decírmelas cara á cara
sin rodeos ni zalemas;
pues, aun quando las demuestre,
le probaré que con esas
doscientas imperfecciones,
y dos mil mas que tuviera,
como él me quisiera en forma,
me diera una preferencia
absoluta, sin pararse
en tales delicadezas.
Si son escrúpulos suyos
otras hallará que tengan
mas gracia para curarlos,
ó mas dosis de paciencia
para sufrir á un galán
que tan suavemente mezcla
entre caricia y caricia
un párrafo de fraterna.
He dicho. Ustedes verán
si es bien fundada mi queja:
hable Don Eugenio ahora,
y salga por donde pueda.

Eug. Ese mismo proceder
mío, con que usted contempla
la agravio, es un testimonio
de inclinacion verdadera.
Puede una dama juiciosa
figurarse que merezca
su favor quien no procura
su felicidad completa?
Señorita, dos especies
hai de pasion: una ciega
que aspira al objeto amado
sin exâmen, sin cautela:
la satisfacion presente
la incita con tal violencia
que solo anhela una dicha,
y en su duracion no piensa.
Otra pasion hai prudente,

reflexiva. *Pep.* La primera,
si la tiene usted, tal qual
la segunda, recogerla.
Quien ama es el corazon,
amigo, no la cabeza.

Clar. Pero él debe siempre hacer
la eleccion á gusto de ella.

Bas. Si no, el placer luego pasa,
y el desabrimento queda.

Pep. Por qué me habré yo metido
en conversacion tan seria?

Eug. La que desea adquirir
estimacion duradera,
no confia en atractivos
de juventud y belleza,
que no suelen ser la finca
mas segura. *Pep.* Pues si feas
y tullidas las quiere
usted, famosa cosecha
hai de unas y otras. *Eug.* Señora
lo que digo es que las prendas
del ánimo, las virtudes,
y el entendimiento engendran
cariño mas racional
y de mayor permanencia.

Pep. Que antigualla! Ya el amor
se escoge como una telá:
no se repara en que dure
poco, si la vista es buena.

Eug. Piensa usted como mai joven.

Pep. Oiga! Pues á los cincuenta
pensaré del mismo modo.

Clar. Otras no llegan á treinta;
quando ya las desengaña
alguna triste experiencia.

Pep. Como? *Eug.* Yo lo explicaré.
Durante la primavera
de la edad logran ustedes
aplausos en las concurrencias
atenciones, rendimientos:
qualquier dicho es agudeza,
qualquier ademan es gracia;
todo se admira y celebra;
y en el corro de aspirantes
que embelesados las cercan,
el que menos encarece
su pasion la llama eterna.
Entonces casi no hai una
que, para ser feliz crea
necesitar otras dotes

que las de naturaleza.
La flor de la juventud
es rosa al fin; no es perpetua:
y apenas se ha marchitado,
quando toda ligera
bandada de mariposas,
que giraba en torno de ella,
desaparece, volando
á buscar flores mas frescas.

Pep. Ai, ai! Pobre Don Eugenio!
Se nos ha vuelto poeta
del siglo pasado. Vaya!
Sabremos de qué comedia
se sacó esa relacion?
Siga usted, que está discreta.

Eug. Me pregunta usted de donde
la saqué? De una tragedia
que en el teatro del mundo
sin cesar se representa,
y que siempre finaliza
con la escena mas funesta.

Pep. Quando? *Eug.* Quando una beldad
que tuvo séquito, llega
á verse desamparada.
Y qué recursos la quedan
entonces? Adoradores?
Ya ninguno se la acerca.
Amigos fieles? Y cómo
los ganó? Quáles conserva?
Supo acaso cultivar
su ingenio, adquirir ideas
capaces de fomentar
la conversacion amena?
Arraigó en su corazon
las virtudes que alimentan
el trato social y afable?
Aprendió la diferencia
que hai de la franqueza libre
á la ingenuidad modesta?

Pep. Y supongamos que en nada
de eso ha pensado. *Eug.* Pues sepa
que vivirá sin amigos;
que será víctima cierta
de una infeliz soledad
de la inaccion y tristeza.

Pep. Que se divierta, si quiere,
en hilar ó hacer calceta.
Bravo cuidado! Y por qué
me da esa gran reprimenda
usted, que no es nada mio,

ni me manda, ni me zela?

Eug. Porque en este mundo todos
somos de todos. Quisiera
que usted cobrase aversion
al tiránico sistema
de los que, segun estilo
Musulman, no consideran
á las mugeres nacidas
sino para esclavas necias
del hombre, y las privan casi
del uso de las potencias.
Emplee usted bien las suyas,
verá cuánto la deleitan
ciertos estudios. *Pep.* Y luego
que me llamen bachillera.

Eug. Solo pensarán así
los que ignoran que hai tareas
no menos propias de un sexó
que de otro. Quién no se prenda
de una dama que reune
á la natural viveza
el util conocimiento
de la historia, de la recta
moral, de geografia,
y de las mas cultas lenguas
(como disfrute los buenos
libros escritos en ellas.)
La aficion á poesia,
dibuxo, música... *Pep.* Aprieta!
botánica, anatomía,
química, y toda la xerga
de Médicos y Abogados,
y despues la biblioteca
del Escorial enterita
metida en esta cabeza. *Levántase*
Dígoles á usted que no quiero; (*atrope-*
y que en su vida se atreva (*lladamente*).
á dar lecciones, ni piense
que ha de ganar la prebenda
por oposicion, luciendo
la sabiduría. *Levántanse todos.*

Clar. Pepa, moderate. *Bas.* Y eras tú
la que sobre esta materia
ibas á hablar formalmente?

Clar. Falta que oigas la sentencia
que esperabas. Don Eugenio
te estima, y quiere tu emienda.
Dale oídos, y serás
feliz. Atiende á finezas
interesadas y falsas

de ese Marques, y á indiscretas
lisonjas de Doña Ambrosia;
y pagarás tu imprudencia.
No te digo mas. *Pep.* Ni aun tanto
era menester.

SCENA VI. *D. Gonzalo, D. Clara,
D. Eugenio, D. Pepita, y D. Basilio.*

Gonz. Pendencias,
y mas pendencias! Querrán
dexar un momento quieta
á la muchacha? *Pepita,*
en el cenador té esperan
el Marqués y Doña Ambrosia.

Pep. Voy corriendo. Ahí les queda
el Séneca de estos tiempos,
que les meterá por fuerza
la erudicion en los cascós.
A Dios, á Dios. Quando él vuelva
á embocarme otra mision,
que me emplumen. Pocas de éstas. *vase.*

Gonz. Ahora bien: llega el caso á *D. Eug.*
de ajustar aquí unas cuentas.

Eug. Conmigo? *Gonz.* Sí: con usted.
No hay reparo en que lo sepan
mis hermanos. Cómo estamos
en quanto á las dependencias
de las fábricas? *Eug.* Mui bien
no se qué misterio encierra
esa pregunta. *Gonz.* Le pagan
á usted el producto entero
y puntualmente? *Eug.* Ninguno
tiene mas constantes pruebas
de ello que usted; pues percibe
siempre mui cabal su renta.

Gonz. Cierto; y aun adelantada.
Pero los que allá gobiernan
la fábrica en Cataluña
son sujetos de conciencia
y buen proceder? *Eug.* Lo son;
y ni la menor sospecha
tengo en contra. *Gonz.* Sin embargo,
segun Don Victor de Sierra
avisó á usted el correo
anterior, ellos saquean
su caudal de usted, y el mio.

Eug. Como! *Gonz.* Y la fuga secreta
que meditan. *Eug.* Don Gonzalo!
Qué fuga? Habla usted de veras?

Gonz. Mas que usted, conmigo. Puedo
disimular la reserva

con que usted me lo ocultaba;
mas ahora que lo niega
tan redondamente, digo
que eso es jugarme una pieza
atroz: y aquí esta la carta
que lo declara. Usted lea.

*Entrega una carta á D. Eugenio, y
mientras éste lee con sobresalto, con-*
tinúa D. Gonzalo.

Hoi he recibido aquí
este aviso. Que le tenga
usted callado hace dias,
me causa mucha extrañeza.

Eug. Ni conozco á este Don Victor,
ni he visto jamas su letra.

Gonz. Pues ese nos quiere bien:
y á fé que no es carta ciega;
que el hombre bien claro firma.

Vuelve D. Eugenio la carta á D. Gonz.

Eug. Será carta verdadera:
mas la noticia no lo es;
porque sé con evidencia
que aquel establecimiento
hoi, mas que nunca, prospera.

Gonz. Así lo aparentarán
los mismos que le manejan.

Eug. Las cartas que últimamente
he recibido, comprueban
lo contrario. A bien que todas
las traigo en las faltriqueras.

*Empieza á sacar varias cartas que va
mostrando á D. Gonzalo. D. Basilio
ayuda á desdoblar algunas de ellas,
y las examina mientras D. Gonzalo
hace lo mismo.*

Clar. Basta que el Señor afirme
que no conoce tal Sierra,
sin que exhiba testimonios
de su verdad. *Bas.* No se encuentra
aquí firma parecida
á la de ese hombre. *Gonz.* Aver ésta...
me parece.... cabalmente....
la misma, la misma letra.

Eug. Es posible. *Gonz.* Véa usted.
D. Eugenio lee para sí la carta. D. Ba-
silio se acerca, y pasa la vista por ella
al mismo tiempo que D. Eugenio.

Eug. Qué es esto! *Gonz.* No se tolera
entre hombres de bien y amigos
tal ficcion. Y qué torpeza!

disimularlo primero; luego negarlo; y nos muestra él mismo ahora la carta que con frescura protesta no haber recibido. *Eug.* Ciertamente es terrible mi sorpresa! este aviso bien conviene con el otro. *Bas.* Sí: y la fecha es del correo pasado.

Gonz. Necesitamos mas pruebas?

Clar. Seguramente hay aquí alguna trama encubierta; pues no cabe en Don Eugenio falsedad, ni estratagemas.

Gonz. Yo de nadie fio. El chasco es muy pesado; y mi queja es tan grave, que no admite satisfaccion, ni respuesta.

Eug. Amigo. *Bas.* Hermano. *Clar.* *Gonz.*

Gonz. Que venga el señor, que venga á congraciarse conmigo...

A Dios. Como si no hubiera habido amistad jamas entre nosotros. *Clar.* Sosiega.

Gonz. Ya se aclarará el asunto, en forma; y pague quien deba, *vase.*

Eug. En qué confusion me ha puesto! á menos que recibiera yo esta carta, y la guardara con las otras sin leerla...

Bas. Todo puede ser. *Eug.* Lo cierto es que ya las apariencias, á pesar de mi inculpable integridad, me condenan. Pero al fin, medios habrá de vindicar mi inocencia, si me escueha Don Gonzalo con mas espacio. Intercedan ustedes. *Bas.* Vamos á estar con él, y hacer la mas seria averiguacion de todo.

Clar. Y no debiera estar hecha antes de insultar así á un hombre honrado? *Bas.* Aquí llega

Pepita. Y viene riñendo con su amada compañera.

Clar. Vámonos por este lado, no sea que nos detengan.

Vanse por la derecha Doña Clara, D. Eugenio, y D. Basilio.

SCENA VII. *D. Pepita, con unos naipes en la mano, y D. Ambrosia, que salen por la izquierda.*

Pep. Esto no se hace conmigo; no, señora. Es insolencia del Marqués. Pues! Disputarme que es codillo, siendo puesta! aquí está la baza: mira.

Amb. Ciertamente la baza tercera; el hizo quatro; y yo dos...

Pep. Arrojo las cartas con enfado. no hay tal codillo. *Amb.* No sea.

Pero ven acá: te irritas por esa gran bagatela con quien te complace en todo?

Pep. Bastaba que lo diera yo, para no replicarme.

Y en fin; tengan ó no tengan razon las damas, los hombres deben darsela por fuerza.

Amb. Pero has tratado al Marques malamente. Eso quisiera Don Eugenio, que riñeseis los dos. *Pep.* Aunque él me impacienta con sus amonestaciones, tiene otro modo; y sus prendas, si he de hablar con claridad, merecerían que hiciera mas caso de él. *Amb.* Que tal digas!

Pep. Una cosa es que por tema, por despique, por venganza de que me enamora á medias, y anda buscando defectos que tildarme, yo conceda mis favores al Marqués, y otra es que no comprenda lo que vale cada uno.

Amb. Con que tu correspondencia al que eliges por esposo solo se funda en que intentas castigar con un desaire al competidor? *Pep.* Lo aciertas.

Amb. Pero no le amas? *Pep.* Conforme. Si el amor es sentir penas, ansias, desvelos, fatigas, y toda aquella caterva de lástimas que he leído en comedias y novelas, yo no tengo tal amor; ni entiendo como hai quien pierda

el

el sueño y el apetito por semejantes simplezas. Pero si es amor gustar de su aire, de su viveza, de su perimetrería, y buen pico, yo estoy ciega por él. *Amb.* Eso basta; y sobra. Con tal que no se aborrezca á un hombre, es muy suficiente para marido cualquiera; que bodas de enamorados no son las que mejor prueban. Lo cierto es que por un ojo de la cara no se encuentra un novio: (en lo que consiste no lo sé.) La grande empresa es salir del infeliz estado: despues se arregla cada una como puede; sobre todo quando acierta con un hombre racional, dócil, franco y de experiencia del mundo como el Marqués. Si te alabo, es por esta razon muy principalmente; pues en la hora que dieras á Don Eugenio la mano, pobre Pepita! Hazte cuenta que ibas á ser una esclava. Aquel? No te permitiera ni un desahogo inocente. Con sus máximas añejas, su indigesta condicion, y sus cansadas leyendas pasaras buen noviciado. Dios nos librel! Te midiera los pasos con un compas. el Marqués... (qué diferencia!) ya verás que bien te trata. aunque en casandose, piensa llevarte á Italia, le harémos que desista de esa idéa; y viviendo tu en Madrid, figuráte qué perfecta vida nos podremos dar, unidas en tan estrecha confianza como ahora. Si: nos tiene mucha cuenta esta boda á ti y á mí. pero temo que no sepas

manejarte con el pulso necesario en la carrera que vas á emprender. *Pep.* Confieso que tengo poca reserva para esas cosas. *Amb.* Pues, hija, es menester que la tengas; porque te aseguro que hoy sin un poco de trastienda está una muger vendida. Tiempo llegará en que pueda yo, pues que soi veterana, hacerte unas advertencias muy utiles; por que, mira: como en casa y fuera de ella los hombres todo lo mandan, á nosotras no nos queda mas recurso que mandarlos á ellos. De esta manera tambien lo mandamos todo. He aquí la primera ciencia de una muger. No es muy fácil; mas no hay remedio: aprenderla; ó resolverse á vivir perpetuamente sujeta.

Pep. Vaya! Como yo me aplique quatro dias con tus reglas, y mi tal qual travesura, seré el honor de tu escuela.

Amb. Ah! Gobernar á los hombres es arte de mucha tecla, y no se adquiere tan pronto. A cada qual se le lleva con método muy diverso. Por mas que ellos se envanezan de lo que pueden y saben, pregonando á boca llena que nuestro sexo es el débil, todos tienen sus flaquezas, y tanto, á acaso mas deplorables que las nuestras. Descubrir á cada uno la suya, y darle por ella, ese, amiga, es el secreto, esa es la llave maestra. Desde luego se supone que la cobarde que no entra poniendose en el buen pié de mandar con prepotencia los primeros quince dias, por siempre jamas se queda

hecha una monja en el siglo,
hija humilde de obediencia.
Es menester habituarlos.
Si el recién-casado empieza
á ceder, cederá siempre;
y la muger triunfa y reina.
Pero algunos que al principio
son dociles, se rebelan
después. Aquí es necesario
recurrir á las cautelas
mas delicadas del arte.
A veces, indiferencia;
oír serena los cargos,
y como que se desprecian:
á veces abatimiento
de dolor y de vergüenza.
Y si no basta, acudir
con quatro caricias hechas
á tiempo; pero no usarlas
con demasiada frecuencia,
porque si llegan á hacerse
mui triviales, ya no pegan.
Quando el caso apriete mucho,
declarar con entereza,
y con furor que amanece
resoluciones violentas,
y de tal publicidad
que el pobrecillo las tema.
Sobre todo, negar siempre;
y nunca echarse por tierra.
en fin.... Pero me dexaba
lo mejor. Una xaqueca
de quita y pon, un buen flato,
manejado con prudencia,
son un bálsamo; querida;
porque no solo libertan
á una muger del apuro
y ahorran muchas respuestas,
sino que todos entonces
la cuidan y la contemplan,
y lo que antes fue reñirla,
es luego compadecerla.
Por la mañana: „Dios mio!
„estoy fatal, casi muerta;“
pero á la tarde vestirse;
como si tal cosa fuera;
parchecitos en las sienes;
y al paseo, á la comedia,
al bayle, ó á lo que salga.
Pep. Segun eso se remedan

los flatos? *Amb.* Muy á lo vivo;
ó sinó; un dolor de muelas.
Con qualquier enxuagatorio
se tiene la boca llena;
y entonces, aunque la estrechen
á una, no se contesta.
Pep. Bien fáciles de aprender
me parecen esas tretas.
mucho mas dificultoso
es llorar quando una quiera;
y eso ya lo sé yo hacer.
Amb. Sí? Pues tu saldrás experta.
Pep. Y hacerme la vergonzosa
quando oigo cosas no buenas
para que los hombres queden
prendados de la inocencia.
Amb. Ingenio feliz! Por donde
muchas acaban, tú empiezas.
Pep. Con todo; quiero me enseñes
nuestras máximas secretas.
Amb. Solo aquí, que no nos oyan
los hombres, las descubriera.
Hay otras muchas; y todas
contribuyen al sistema
de que hagan su voluntad,
gasten siempre, y se diviertan
las carísimas esposas
que carísimo les cuestan.
Pep. Es menester que lo aguanten
al fin, quieran ó no quieran;
que para eso son maridos.
Bastantes impertinencias
sufrimos con criaturas
con amas, y otras cincuenta
pensionés, que ellos no sufren.
Les toca cuidar la hacienda:
luego el gastarla con todo
lucimiento es cuenta nuestra;
ó verán lo que les pasa
si no nos tienen contentas.
Amb. Sin duda ya ellos conocen
algo de esto; porque apenas
se les habla de consorcio,
huyen el cuerpo, y nos tiemblan.
Pep. Prosigue, amiguita mia;
que me gustan esas reglas.
Amb. De paso he dicho esto: el uso
te enseñará otras cosuelas.
Pep. Pues mas despacio hablaremos.
Amb. Sí; que es larga la materia.

vamos; discípula. *Pep.* Vamos;
incomparable maestra.
Amb. Volvamos á la partida.
Pero aguarda. Aquí se acerca
tu padre. Puedes ahora
echarle una especie suelta
sobre eso que hemos tratado.
Pep. De mi tia? *Amb.* Y que la obsequia
Don Eugenio. A ver si es dable
deshacernos de él y de ella.
ESCENA VIII. *D. Pepita, D. Ambrosia, el Marques y D. Gonzalo.*
Marq. Es deshonorante el crimen.
Puede estar mas descubierta
la traicion de Don Eugenio?
Gonz. Pero mi hermana se empeña
en disculpar á su amigo....
(Suio, porque si antes lo era
mio, ya no lo es.) *Amb.* Y usted
se admira de que defienda
Doña Clara á Don Eugenio?
Marq. Ignora la inteligencia
amorosa que mantienen. (na.
Gonz. Mi hermana y él? *Pep.* Como sue-
Gonz. Qué dices, muchacha? *Pep.* Digo
lo que sé. Pues soi yo ciega?
Gonz. Aunque los tres me lo afirmen,
no concibo tal sospecha
contra Clara, que no ha dado
jamás que decir. *Pep.* Es diestra
en ocultar con la capa
de santidad las miserias
humanas; mas yo la entiendo.
Gonz. Es fragil como qualquiera;
pero suspendo mi juicio
hasta que tenga unas pruebas.
Pep. Yo las daré mui de vulto.
Verbigracia: su doncella
me cuenta que Don Eugenio
ni un dia siquiera dexa
pasar sin ver á mi tia.
Gonz. Eso es porque, como piensan
á lo filosofo, gustan
uno de otro.
Amb. en tono de malicia. Ya: congenian.
que es lo principal. *Pep.* Y si andan
regalándose finezas
como dos enamorados,
qué dirá usted? *Gonz.* De manera
que pueden ellas ser tales...

Pep. Pero como! Usted se acuerda
del relox que dió á la tia
quando se casó? Pues sepa
que lo tiene Don Eugenio,
ponderando que le aprecia.
Gonz. Y ella se le ha regalado?
Pep. Pues querria usted que él fuera
á hurtarle? *Gonz.* Yo necesito verlo.
Pep. Luego que parezca
por aquí, se le haré yo
sacar. Y quando usted vea
un bolsillo de oro y plata,
con un pasador de piedras
finas, y (lo que denota
mas estrechez) con las letras
del nombre de Don Eugenio.
El le tiene: obra estupenda
de las primorosas manos
de mi tia, y manifiesta
memoria de su cariño.
Gonz. Y eso es cierto? *Pep.* Usted no
en gazmoñadas. Las que (crea
son así, mosquitas muertas....
Dios me libre! Y dan consejos
á las demas. Zalameras!
Yo digo: sí, sí; nó, nó;
y quiero la gente ingenua;
pero esas hipocresías....
Gonz. Calla, niña. *Pep.* Me de guellan.
Gonz. Es posible que mi hermana....
Pero allá se las avenga
con su marido. *Amb.* Aquel sí:
es hombre de mucha espera:
un bendito. *Marq.* El tomará
paciencia. Al fin, siempre es esta
la suerte de mil maridos;
y no obstante que los juegan
sobre el teatro á la cara
del porterre, ellos no dexan
de seguir su tren de vida,
ni toman una gran pena.
Pep. Y usted, padre, qué me dico
del Don Eugenio, que, mientras
públicamente pretende
á la sobrina, festeja
á la tia callandico?
Parece que el hombre es pieza.
Amb. Oh! yo no sé con que cara
solicita le prefieras al Marques.
Marq. Si él me pudiese

suplantar, para mí fuera un golpe mortificante.

No lo temo.... Mas él llega.

ESCENA IX. Los dichos, y D. Eugenio,

Eug. Mi señora Doña Clara, y su digno esposo esperan que usted, señor Don Gonzalo, por un breve rato venga conmigo á la sala. Allí daré á usted la mas completa satisfaccion que es posible por, ahora; pero resta que mañana, ó esta noche, luego que estemos de vuelta en Madrid... Gonz. Bien. Todos esos quebraderos de cabeza dexémoslos para allá, y veremos por quien queda.

Pep. Don Eugenio qué tal anda su reloj de usted? Quisiera poner el mio á la hora.

á ver. Eug. Sacando el reloj.

Las nueve y quarenta.

Gonz. Acercándose á mirar el reloj. nueve y quarenta.... En efecto.

Vaya que no lo creyera!

Eug. Qué fuese esta hora? Gonz. Pues: hubo aquí una duda.

Pep. No era yo la que estaba atrasada á de noticias. Por la tema: (D. Gonz. se ha desengañado usted?

Gonz. Tienes razon. Quién me trueca este doblon de ocho?

Eug. Sacando un bolsillo. Yo.

Gonz. Para pagar una cuenta al tio Pedro. Pep. Que bolsillo tan lindo! Pues en las tiendas no los hai de estos. Eug. Perdona usted que no se le ofrezca; porque es dádiva estimable de otra dama. Pep. Y se pudiera saber quien es? Eug. Su señora tia de usted. Pep. Sí? de veras? Está mui bien empleado.

Gonz. Mirando con atencion al bolsillo. Celebro que se entretenga mi hermana en buenas labores, propias de su sexo. En ciertas especies de habilidades, la que menos corre, vuela.

Pep. Marques, á jugar; que estoy picada de aquella puesta.

Marq. Y querrá usted desquitarse?

Pep. Sí; pero de otra manera.

Esos juegos carteados son tan insulsos.... Si fueran de apunte, ó de envite fuerte.

Marq. Al quince? Pep. Al quince me la inclinacion. Sí: envidado. (lleva

Vamos, amiguita. Juega usted, Don Eugenio? Eug. Yo? Solo por condescendencia; por aficion, nunca. Pep. picada. Y que? Si lo toma, ó si lo dexa, para mí es lo mismo. Eug. Ahora voi á dar una respuesta á Doña Clara; mas luego....

Pep. Pues vaya usted, y no vuelva. Ea! Piérdase de vista.

Eug. Lo que he dicho es. Pep. Si la tierra tuviera un escotillon porque desapareciera de aquí mas pronto! Eug. Señora.

Pep. No hago yo mayor fineza en convidarle, que usted en admitir? Eug. Quién lo niega. Obedeceré al instante.

Pep. No me gustan obediencias forzadas. Marques? Marq. Madama!

Pep. Vámonos. Coge del brazo al Marques como para irse con él.

Eug. Si mi presencia es la causa del enojo queda usted libre de ella. vas. (Jo)

Pep. Agua: la ida del humo.

Gonz. Chica, y conmigo no cuentas?

Tambien soi aficionado un poco á tirar la oreja.

Pep. Pues venga usted. Amb. Ve de Tenemos cierta materia pendiente tu padre y yo.

Ya vamos. Pep. No te detengas.

Al quince, Marques, al quince.

Marq. A todo lo que usted quiera.

ESCENA X. D. Gonzalo, y D. Ambrosia.

Amb. Va usted conociendo ya las gentes que le rodean?

Gonz. Sí, señora, y descubriendo mas terreno que quisiera.

Me fiaba de un amigo á quien entregué mi hacienda;

y él me callaba que estoi en términos de perderla. Mui prendado de mi hija, y conservando secreta intimidad con mi hermana. Todos son unos. La buena señora, despues de hacerse la impecable.... Tambien ellas deben de ser todas unas.

Amb. Todas no. Yo bien pudiera citar alguna, de quien es regular que usted tenga buen concepto, y que le debe la mejor correspondencia; que mirando por su casa de usted, tanto se desvela en cuidarla, que se olvida de la propia por la ajena; (leve muestra del afecto sólido que le profesa); que para evitar los muchos riesgos á que vive expuesta una señorita joven, huérfana de madre, zela con esmero su conducta, la acompaña y la aconseja; y en fin.... Gonz. Ah, vecina mia! Basta: no me reconenga usted con los beneficios que su bondad me dispensa. Sé como se sacrifica por servirme, y que está hecha perennemente una esclava sin apartarse de Pepa. Sé tambien (y lo agradezco) que á no ser porque gobierna lo económico una amiga juiciosa, yo no tuviera ni camisa. Amb. Pues quien sabe todo eso, conviene sepa igualmente quan injusta, quan amarga recompensa logra ya de sus afanes la que tan bien los emplea. Ai, amigo Don Gonzalo! Los quatro años de frecuencia continua en casa de usted, y nuestra cordial y estrecha union (que á nadie se oculta) son causa de que hoi padezca

el honor suyo, y el mio. Ya mi opinion anda en lenguas de las gentes. Los que mas nos favorecen, sospechan que estamos secretamente desposados. Otros siembran voces mas perjudiciales á mi notoria decencia. No hai que decir mas á un hombre que justamente se precia de caballero. En sus manos con gran confianza entrega su crédito una señora para que, segun conciencia y pundonor, le restaure. Y si el mérito que alega de fiel amiga no basta, baste saber que encomienda una dama el noble y digno desagravio de esta ofensa al mismo que, aunque inocente, ha dado lugar á ella. Me explico así precisada: perdona usted mi franqueza.

Gonz. Sentiria que persona á quien debo las finezas que á usted, llegase á tener hoi de mí la menor queja. Pero esos murmuradores maliciosos se desprecian.

Amb. Acá los despreciaremos nosotros, enhorabuena; mas el público, juzgando por todas las apariencias, les da asenso; y en usted consiste el desvanecerlas.

Gonz. Jamás podré yo faltar á una amiga verdadera. Pero, señora, mis años....

Amb. Los años! Que? Soy yo de estas calaverillas que pierden las mejores conveniencias solo porque el novio gasta peluca, y luego se prendan de un tupé mui bien rizado y una cabeza mui hueca? No hai desproporcion tampoco.

Usted tendrá los cincuenta. Gonz. Sí tal: cumplidos. Amb. Y yo al rededor de los treinta.

Gonz. Ya usted sabe que mi genio...

Amb. No le hai en toda la tierra tan cortado para el mio.

Ambos somos de una escuela: alegres, sin pataratas, siempre iguales: y la prueba es no haber tenido un sí ni un nó. *Gonz.* Tái ni Dios lo quiera. Solo que amo demasiado mi libertad; y el sistema de vida á que estoi tan hecho.

Amb. Que inconveniente! Eso fuera bueno quando yo imitara á la difunta en lo seria, en lo encogida, zelosa, y amiga de tomar cuentas que fué, segun me ha contado usted mismo. *Gonz.* Todo eso era.

Amb. Conmigo no tendrá usted ninguna de esas molestias. Entrará, saldrá; temprano, tarde: que se divierta á su modo: haré lo propio. Viviremos en perfecta concordia. Pués. Lo demas no es matrimonio; es galera. Yo tengo bastante mundo: á usted ya nadie le lleva de los andadores. *Gonz.* Ambos comemos pan con corteza.

Amb. Unidos, mas no sujetos, haremos buena pareja.

Gonz. Está bien.... Pero cuidado, vecina, que ha de ser esa la principal condicion.

Amb. Y yo quiero que lo sea.

Gonz. Así, ya nos convendremos.

Amb. Basta la mutua promesa.

Gonz. Rábiará mi hermana. *Amb.* Rabie. Qué necesitamos de ella?

Pepita; con el Marques; yo con usted. Demos priesa á estas dos bodas. La dicha de los quatro ya es completa.

ESCENA XI. Los dichos y Bartolo.

Gonz. Qué traes de bueno? *Bart.* Dice la Señorita que espera á sus mercedes. *Amb.* Ya vamos.

Gonz. Dí se han marchado de veras los majos? Me ha parecido

que sonaban allá fuera las guitarras. *Bart.* La verda, señor. Están en la huerta de enfrente. Yo les icho que tan presto no se juevan; porque, aunque la Señorita los despachó, me hice cuenta de que aquello era un arranque, y que á la postre.... *Gonz.* Ocurrencia muy feliz! Anda, Bartolo, y diles que al punto vuelvan. á D. Am. Se les llamará á su tiempo (brosia. para celebrar la fiesta.

Bart. Miren que bien hice yo en guardar las castañuelas! *vase.*

Amb. Venturoso dia! Vamos, esposo. *Gonz.* Vamos; parienta, viva la alegría! *Amb.* Viva! Y muera la envidia! *Gonz.* Muera!

ACTO TERCERO.

ESCENA I. D. Clara, el tio Pedro y Bart.

Clar. Con que segun usted dice, todavía estan jugando?

Ped. Sí, pardiez; y en too el dia llevan traza de dextarlo.

Pero envidan los doblones como si juevan ochavos....

Ya le igo á su mercé:

yo vengo escandalizáo.

Verdá es que nunca he visto jugar sino acá en el campo á los probes, algun dia de fiesta, la brisca á quarto.

Pero aquello es divertirse con quatro amigos un rato;

y no tirarse lo mismo que si no juevan Christianos.

Bart. Ai, tio Pedro! Si en Madril, segun á mí me han contáo, hai hombre que en una noche....

En una noche? en un quarto de hora, pierde quatro veces mas de lo que un hortelano

como yo, con cinco riales, gana sudando en un año.

Ped. Serán ricotes. *Bart.* Se entiende. Y mas si tienen vasallos que se lo ganen. *Ped.* Aquellos que han de hacer sino jugarlo?

Clar. Y dice usted que quien pierde

mas que todos es mi hermano?

Ped. Lo igo porque, aunque pierda la Señorita otro tanto, y lo mesmo Doña Ambrosia, naide paga sino el amo; y diz que del cuero salen las correas. Supongamos que el buen Marqués á toicos me los iba ya pelando.

Bart. Estos así son dichosos en quanto ponen la mano. Y el amo y la Señorita como le hacen tanto caso. No me engañára él á mí, con todo que soy un macho; ni á usted tampoco: es verdá señora?..

ESCENA II. Los dichos, y D. Basilio.

Bas. Qué es lo que acabo de ver! No es posible esté en su juicio mi cuñado. Ni él, ni su hija, ni su amiga saben ya como ni quanto pierden. El Marqués se rie de verlos precipitados; los pica, los atolondra; y ellos se van empeñando con ansia de desquitarse. Qué demencia! Y no es lo extraño que hayan perdido el dinero que trahían; porque al cabo será corta cantidad; mas, jugando ya con tantos, nuestra sobrinita, en fuerza de su genio arrebatado, se ciega, envida sin tino, y por un cálculo saco que con quinientas medallas no pagará Don Gonzalo la pérdida de los tres.

Clar. Qué dices? *Bas.* Y he reparado que el Marqués no juega limpio.

Clar. También esa? *Bas.* Por debaxo de la mesa al disimulo sacaba de quando en quando naipes para completar el punto de quince... *Ped.* Rayo!

Bas. Sin duda en la faltriguera los trahía preparados.

Clar. No puedo yo consentir

exceso tan temerario de unos y otros. Allá voy.

Bas. Qué pretendes? *Clar.* Remediarlo. *vase.*

Bas. Mi hermano toda su vida (se por ha de ser un perdulario. (la iz-

Ped. Aquel señor forastero (quierda.

que ahora poco ha llegao, y que usté quiso que entrara á descansar en mi quarto,

allá se ha queáo solo. Yo voy á ver si quiere algo.

Bas. Dígale que volveré á estar con él: que, entretanto, se mantenga oculto allí; y que ya tendré cuidado de avisarle se presente aquí quando llegue el caso.

Ped. El dixo que á Doña Ambrosia es á quien viene buscando.

Bas. A su tiempo la verá.

Yo me entiendo. *Ped.* Pues me marchó. *v.*

Bas. Ya, por fin, el Mayordomo parece que te ha sacado del cuerpo aquel gran secreto.

Bart. Quise al principio callarlo; pero dempues dixe: no: aquí hay algun contrabando; porque meter Doña Ambrosia un papelito doblao dentro de la faltriguera de aquel Señor, mientras tanto que él y el Marqués y él estaban enzarzáos, nó, no medio buena espina; ni tampoco lo que hablaron, quando se jué Don Ugenio, la viuda y el perroquiano.

Bas. Dexa; que con ese aviso luego se pondrán en claro ciertas cosas. *Bart.* Bien pudiera su mercé decirme en pago qué caballero es aquél que está tan agazapáo en el quarto del tio Pedro, desque su mercé en el patio le vido y le hablo. Vendrá á la juncion convidáo?

Bas. Ya tendrá su parte en ella.

Vé á recoger su caballo. *Hace*

Bart. Voy corriendo. Mire usté: (que se

yo estaba tras de aquel árbol, (va y cuando el Marqués y la viuda *vuelve*.
Bas. Todo lo sé. *Bart.* Es que yo callo muchas cosas. *Bas.* Véte, véte.

Bart. Pero también, cuando hablo, hablo.

ESCENA III. *D. Gonzalo, y D. Clara, que salen por la izquierda: D. Basilio, y Bartolo que habiendo hecho ademán de irse, se queda un poco retirado.*

Clar. No estaba presente yo; que ya lo hubiera estorvado; y no te precipitara tu ceguedad en el lazo que te armaba un hombre astuto. Bien lo pagas. Pero extraño contribuyas á que Pepa, sobre todos sus resabios, se aficione á un juego fuerte, origen de mil estragos.

Gonz. Cierito que es mucho el dinero que el Marqués nos ha ganado; mas todo se queda en casa.

Bas. Qué cuentas haces, hermano?

Gonz. Como él ha de ser mi yerno, al ajustar los contratos eso menos llevará en el dote. *Clar.* Bien pensado!

Con qué esa boda es segura? (caso

Gonz. Esa, y otra. *Clar.* Qual? *Gonz.* Me con mi amiga Doña Ambrosia.

Clar. Pero como? *Bas.* Pero quando?

Gonz. Como? Queriendo los dos.

quando? Muy pronto. *Clar.* Gonzalo!

Gonz. Ya te diré los motivos, que son muy extraordinarios. *Repá-*

Pícaro? que haces ahí? (rando

él nos estaba escuchando. (en Bar-

Bart. No, señor: lo de esas bodas? (tolo.

no tengo ya que escucharlo.

Desque he vinio yo aquí

la otra vez con un recaó,

la señora Doña Ambrosia

y usté no estaban hablando

inas que de eso. *Gonz.* Eal qué esperas?

Bart. Si mandan algo. *Gonz.* Mandamos

quo nos dexes. (vase Bartolo.

Bas. á D. Gonzalo. Bien dispones

tus proyectos. Yo oígo, y callo,

pero sé que en descubriendo

cierito secreto que guardo,

ni tu has de querer ya dar

á tu vecina la mano,

ni mi sobrina al Marqués.

Gonz. Como así? *Bas.* No lo declaro

por ahora. Lo sabrás

dentro de muy breve rato,

quando estén juntos aquí

todos los interesados.

Gonz. Buenos misterios! *Clar.* Escucha.

Que seas tan insensato!

que no consultes las cosas!

y que tengas tan cerrados

los oídos para todos

los que bien te aconsejamos!

solo Doña Ambrosia puede

contigo! solo el incauto

proceder, el mero antojo

de una niña, y sus disparos

han de ser la lei, la norma

de tu conducta! *Gonz.* He soltado

una palabra al Marqués,

otra á Doña Ambrosia; y me hallo

en precision de cumplirlas.

Clar. Eso es: pundonor exácto

en el cumplimiento de ellas;

y en darlas ningun reparo.

Tu hija y su amiga son locas.

Gonz. Vaya, que te has levantado

hoy de malísimo humor!

pero, hermana, hablemos claros.

Ya que tachas sus acciones

y las mías, (baxandola la voz.) por lo bar-

te prevengo que reformes

las tuyas. *Clar.* Y yo, por alto,

respondo que no podrás

hacerme ni un leve cargo.

Gonz. Uno, y gordo. *Clar.* Será injusto

Gonz. Meta cada qual la mano

en su pecho. Todos tienen

porque callar. Pues acaso

que Pepa quiera al Marques

es algun delito raro?

no son solteros? Pues todo

se compone con casarlos.

Pero tú que dás lecciones

de cordura, y en tu estado,

ya ves que tanta amistad

con Don Eugenio dá campo

para que las gentes crean....

Clar. Creerán lo que es muy falso

fáltara conversacion

divertida en los estrados,

si la malicia dexase

de suponer que en el trato

de personas de dos sexos

hay siempre algun fin dañado.

Muger, y tener amigo?

no se vé ya ese milagro.

Hombre y amiga? Imposible.

Quien la trata mas? Fulano.

Ese es el cortejo amante,

galan, pique, mueble, trapo.

Y porque quatro indiscretas,

ó fáciles, han cobrado

la opinion que Doña Ambrosia,

y la que desde hoy presagio

cobrará tambien tu hija,

si no se precabe el daño,

han de perder su buen nombre

las mugeres de recato?

Gonz. Pero poco á poco, hermana.

Mi juicio no es temerario;

y si lo he de decir todo,

quando dos se hacen regalos

como un relox, verbigracia,

para que el enamorado

sepa á qué hora fué dichoso,

ó un bolsillo muy profano

Clar. Lo entiendo; y no satisfago

á indignas reconvenções.

Bolsillo y relox son ambos

dones míos; y con ellos

celebro mucho haber dado

á Don Eugenio una muestra

de cordial afecto. *Gonz.* Estamos

de la otra parte. Qué mas,

si el reo canta de plano?

Clar. En publico lo diré,

y sin el menor empacho.

Pero solo he de dar cuentas

á mi esposo; no á un hermano

que con sospechas iniquas

hace el mas sensible agravio

á una hermana que se precia

de tener muy bien sentado

su crédito en esta parte.

No es posible que vivamos

unidos: bien dixe que era

ínutil reconciliarnos.

Ya que con tan poco honor

piensas de mí, lo acertado

será no volver á vernos.

Mi único fin, mi conato

era impedir el desorden

de tu casa. Ya no es ardue

mi empeño; es inasequible,

si algun pronto desengaño

no te escarmienta; y así

de qué sirve incomodarnos?

dá esa Madrastra á tu hija:

goce en propiedad el mando

la que tanto abusa de él

teniendole de prestado.

Ese charlatan viajante

sea, pues, depositario

de tu confianza y bienes:

ambos te darán el pago.

Yo me vuelvo á mi retiro.

Gonz. No, Clara, no. *Clar.* Sí; Gonzalo.

ESCENA IV. *D. Clara, D. Gonzalo,*

D. Eugenio.

Eug. Me pesa mucho de hallar

á ustedes así altercando.

Haya paz, buena armonía.

Pero ya veo que valgo

muy poco con el señor

desde que ha desconfiado

de mi verdad y honradez.

Ninguno de mis descargos

ha de poder convencerle?

Gonz. Ya he dicho que suspendamos

eso para otra ocasion.

Eug. Mi credito está empeñado;

y ántes de veinte y quatro horas

ofrezco ponerle en salvo.

Tengo amigos que me abonen;

y el primero es su cuñado

de usted. *Gonz.* Don Basilio? Vaya:

sea en hora buena que ambos

se lleven bien, y uno á otro

se favorezcan. *Clar.* Al caso.

Eug. Entregaré puntualmente,

al instante que volvamos

á Madrid, el principal

que usted ha depositado

en mi poder. *Gonz.* Eso. *Eug.* Y luego

espero probar que es falso

aviso el de que padezca

mi fábrica menoscabo;

La Señorita mal criada.

32

porque esa voz, difundida,
puede causarme un quebranto
verdadero. *Gonz.* Bien está.
Sí: sí: los quartos, los quartos.
Todo lo demás es paja.

Clar. Que así procedas, hermano!

Te conocí generoso;
ya no lo eres. *Gonz.* Me he mudado,
lo mismo que las juiciosas
que han estado edificando
con su virtud, y despues,
alborotadas de cascos,
hacen lo que muchas locas
de quienes murmuran tanto.
Ustedes tendrán que hablar.
A lo menos no sirvamos (nó
de estorbo. A Dios. *Clar.* No es el ge-
vase por la puerta de enfrente.
de este hombre inconsiderado
para mi formalidad.
Aquí se viene acercando
otro que tal. El Marqués.
Voyme; porque sin enfado
no puedo ya resistir
su paróla y su descaro.

Vase *D. Clara* por la derecha; y sa-
le el Marqués por la izquierda, de-
teniendo á *D. Eugenio*, que hace ad-
man de irse con *D. Clara*.

ESCENA V. El Marqués, y *D. Eug.*

Marq. Don Eugenio, una palabra.

Celebro haber arribado
á tiempo de hallarle solo.
Qué entendió usted decir quando
le hizo ver aquellos versos
Doña Ambrosia? Es necesario
que en un pequeño detalle
me lo explique. *Eug.* Precisado
á dar mi dictámen, dixe
no estaban en Castellano.

Marq. Fué un insulto. *Eug.* Contra quién?

Marq. Contra el Autor. *Eug.* No cons-
su nombre, á nadie ofendí. (tando
Censuré unos versos malos,
y no mas. *Marq.* Pues yo los hice.

Eug. Lo siento; mas no retracto
mi opinion. *Marq.* A mí, que soi
academico honorario
de los Arcades de Roma?
A mí, que entre ellos me llamo

Olocosmo Girabundo!
necesito un desagravio
de ultraxe tan revoltante....
Pero estamos desarmados.

Eug. Aun no estandolo, no riño
por debates literarios.

Marq. Pues bien, Señor: yo por todo
lo que me afecta me bato.

Eug. No lo merece este asunto.

Marq. Yo tuve por igual caso
con un Milord (que era Ingles)
un duelo de los mas raros.

Eug. Siendo Lord, supongo no era
Ruso, Aleman ni Polaco.
Pero él hizo mal; pues nunca
dicta el pundonor al sabio
que emiende con el azero
lo que la pluma ha pecado,
y á la fuerza de razones
oponga fuerza de brazos.

Marq. Haré publico este duelo,
y que usted no le ha aceptado.

Eug. Enhorabuena: sabrán
que conservo el juicio sano;
que no tocan al honor
qüestionnes sobre vocablos,
las cuales, no con la espada,
con los libros en la mano
se aclaran. A esto me obligo;
á este desafio salgo.

Marq. Muy bien va. Disputaremos
por escrito. *Eug.* Presentando
usted sus versos, diré
en qué fundo mis reparos.

Marq. Y yo haré respuesta. *Eug.* Entos
nómbbráremos tres ó quatro (os
Jueces hábiles. *Marq.* De acuerdo.
Me pizo de Literato
como qualquiera. Con todo,
pretendo que nos batamos,
porque tengo otros motivos.

Eug. Si son otros, explicarlos.

Marq. Usted sabe que Pepita
es ya mia. *Eug.* Si ese caso
ha llegado, no me consta.

Marq. Pero está ya contratado
nuestro enlace. *Eug.* No lo ignoro.

Marq. Y usted quiere, sin embargo,
seducirla. *Eug.* Aconsejarla.

Marq. Es menester decidamos

Este punto.

Eug. Ella es quien puede

decidirle: de su labio

ha de salir la sentencia.

La espada no puede darnos

dominio en su corazon;

porque es acto voluntario

en ella elegir aquel

que halle digno de su agrado.

Si juzga que no lo soi,

con reñir lo seré acaso?

Dando muestras de valiente,

las diera de temerario;

y al fin siempre quedaria

igualmente desairado.

Aquí viene. *Marq.* Ella no duda

de la preferencia entre ambos.

ESCENA VI. El Marques, *D. Eugenio*,

D. Pepita y *D. Ambrosia*.

Pep. Qué es esto? De preferencia

se disputa? Es excusado,

señor Don Eugenio mio,

que usted se dé malos ratos.

Desde ahora para siempre

protesto, juro y declaro

que un hombre que galantea

como en duda y al soslayo,

poniendo mil cortapisas,

y haciéndose el delicado,

reformador de costumbres,

serio dictador Romano,

me choca, y me chocará

eternamente. No me hablo

con quien no tome el amor

bien á pechos y adestajo.

Yo con el Marques me entiendo,

Ea! Ya está echado el fallo.

Eug. Las voluntades son libres.

Pep. Mucho; y la mia mas. *Marq.* Bravo!

Pep. Lo dicho dicho. *Amb.* Adelante;

y viva ese aire de taco!

ESCENA VII. Los dichos, y *D. Basilio*.

Pep. Sépalo el tío, la tia,

mi padre, y todos. No me ando

en contemplaciones. *Bas.* Pepa!

Contra quien te enojas tanto?

Eug. Contra mí. Ya este es negocio

concluido. *Marq.* Y yo he triunfado

por la obligante indulgencia

de esta beldad, cuyo encanto

hace hoi la felicidad

de mi vida. *Bas.* Y has pensado

maduramente. *Pep.* Ya sé

de memoria quantos cargos

tienen ustedes que hacerme.

Marq. A maravilla. Yo parto

á informar de un tan brillante

fortunon á Don Gonzalo.

Al tiempo de irse, retrocede, y continúa:

ah! Doña Ambrosia! Y mis versos?

Usted los tendrá guardados.

Amb. sacando unos quantos papeles.

Aquí estan. *Marq.* Si usted se toma

la molestia de entregarlos

al señor, él hará de ellos

un crítico comentario

que ha ofrecido. Imprimiré

la respuesta que preparo;

y la han de dar los jornales

extrangeros mil aplausos. vase.

Amb. reconociendo los papeles; y re-

volviendo las faltriqueras, de las qua-

les va sacando otros.

No parecen estos versos.

Ellos estaban mezclados

con los papeles que sabes,

Pepita... aquellos... *Pep.* Ya caigo.

Es finísimo el Marques. á *D. Eugenio*.

Sepa usted que me ha entregado

los billetes amorosos

de las damas que aceptaron

sus obsequios en Italia,

y en Nápoles, y otros varios

países. *Eug.* Si usted supiera,

segun mis consejos, algo

de geografia, nunca

pensara que está situado

Nápoles fuera de Italia.

Pep. Poca erudicion. Al grano.

Ello es que el Marques.... *Amb.* No

con tales versos. *Pep.* Buscarlos. (doi

Ayude usted, Don Eugenio.

Eug. Tomando y reconociendo algunos

de los papeles.

A ver éste. Es Italiano.

Este, Frances. Tambien éste.

Amb. A que no los encontramos?

Eug. Aguarde usted. Esta es letra

del Marques. En castellano

está el papel. Pero es prosa.

Y borrador. Oh! que hallazgo!
Lee. „Señor Don Gonzalo de Medina:
 „muy Señor mio: aunque no tengo el
 „honor de conocer á usted sino de re-
 „putacion, la probidad me exhorta á
 „comunicarle.
 Así empezaba la carta
 que recibió Don Gonzalo.
Bas. Sí: la letra es del Marques.
 Ya se descubrió el arcano.
Amb. Será otra carta. *Eug.* La misma.
Amb. O copia que le habrá dado
 Don Gonzalo. *Bas.* Es borrador.
Eug. Y estotro, si no me engaño,
 el de la carta que hallé
 en mi bolsillo. Leamos.
 „Señor Don Eugenio de Lara: mui Se-
 „ñor mio: yo me hago un deber de
 „hacer saber á usted que en la fábrica
 „que tiene en esta villa...
 Todo es suyo, hasta el language.
 Don Basilio, estoi pasmado.
Bas. Yo no; porque desde luego,
 (y ya ve usted que no en vano)
 malicié que en este embrollo
 andaba el Marques. *Amb.* A espacio.
 Vengan esas cartas. *Bas.* No:
 perdone usted. En mis manos
 estan bien depositadas.
 Son útiles; y las guardo.
Amb. Mire usted que así lo pide
 una dama. *Bas.* No la falto
 al respeto en lo demás;
 pero en esto es necesario
 no la obedezca; pues debo
 salvar luego con tan claros
 documentos la inocencia
 de este caballero honrado. *vase.*
Pep. Yo no entiendo este embolismo.
Amb. Es un lance extraordinario
 acá para entre nosotros.
Eug. Volviendo todos los papeles á D.
 Ambrosia, menos uno.
 Ya no nos hacen al caso
 estos papeles. *Pep.* Qué tal?
Eug. No me importa examinarlos.
 Al fin, aquí ha parecido
 el que estábamos buscando.
Pep. Las coplas? *Eug.* Cierto. Aunque es
 el Marques versos tan malos, (cribe

su prosa es mucho peor.
Amb. Don Eugenio, no partamos
 de ligero. Podrá dar
 el Marques tales descargos...
Eug. Ninguno habrá suficiente.
Pep. Me dirán ustedes quando
 dexan la conversacion?
 Yo en eso no entro ni salgo.
 Señor mio, á nuestro asunto.
 He dicho á usted que á mi lado
 quanto menos tiempo gaste
 será lo mejor. *Eug.* Mi engaño
 ha cesado ya, señora
 ya la excusaré el cansancio
 de oír mis exhortaciones.
 Que usted haya despreciado
 mi obsequio y buena intencion
 me es sensible; pero gano
 á costa de este desaire
 un gran bien, averiguando
 no seriamos felices
 con genios tan encontrados.
 Conocerlo tan á tiempo
 nos asegura el descanso.
 Ai de otros á quienes llega
 mas tardío el desengaño!
Pep. Mui bien exclamado! Ahora
 pudiera usted decirme algo
 de aquello de falsa, aleve,
 ingrata, homicida.... Vamos!
Eug. Yo injuriar á quien me saca
 de un error? Bien al contrario:
 rendidas gracias la doi
 por favor tan señalado.
 Señora á los pies de usted,
Pep. Señor, beso á usted las manos. *Re-*
mediándole. Vase D. Eugenio.
Pep. Por esta vez me parece
 que no lleva mal despacho.
Amb. Te portas. Pero, amiguita;
 me tiene con sobresalto
 el grandísimo descuido
 del Marques. No haber quemado
 aquellos dos borradores!
 Mal negocio! Y por qué tanto
 los fué á mezclar con los otros
 papeles! *Pep.* Pues bien: al cabo
 qué resulta? *Amb.* Descubrirse
 cierto enredillo tramado
 para poner mal á ese hombre

para

con tu padre, y libertarnos
 de sus importunidades
 y su influxo. Mira un caso
 que debes tener presente.
 Todo papel reservado
 se ha de quemar. *Pep.* Ese, y otros
 consejos que me vas dando
 tendrán puntual observancia.
 Prosigue, que no me canso
 de la leccion; y aun me quejo
 de que en el otro repaso
 me dexaste con la miel
 (como dicen) en los labios.
 Vaya: segundos consejos
 que dió Don Quixote á Sancho.
 Empieza; que ya te escucho.
 Pero qué estás cavilando?
Amb. Tengo ahora mal humor.
 Otro dia mas despacio...
Pep. Si no estás para ello, ten
 á lo menos el trabajo
 de oirme, y exáminar
 si me voi haciendo cargo
 de tus buenas instrucciones.
 Yo de todas ellas saco
 que el disimulo en nosotras
 es mueble mui necesario.
Amb. Basta la apariencia en todo;
 y por eso dixo un sabio
 que el siglo de oro, de plata,
 de cobre, y hierro han pasado,
 y es siglo de similor
 en el que al presente estamos.
Pep. Todo será que yo pueda
 vencer este genio franco:
 á fe que no diré entonces
 palabra, ni daré paso
 sin estudio y precaucion.
 Yo tendré mis tertulianos:
 entre ellos no es regular
 me falten aficionados;
 y tomaré mis medidas
 para no descontentarlos.
 Manejándonos con maña,
 aunque ellos se vuelvan Argos,
 quien mas mira menos ve,
 como en los juegos de manos.
 Por exemplo: á los que á solas
 trate con mas agasajo.
 pondré en público mal gesto;

y tambien será del caso
 reírles bien, quando lo oigan
 los que puedan separarnos,
 y aun hacer me reconviengan
 sobre lo mal que lo trato.
 Además, me iré con tiento
 en llevarlos siempre al lado;
 pues, aunque veo que es duro
 privarnos de aquel gustazo
 de lucir una conquista,
 reflexiono, sin embargo,
 que las exterioridades
 nos pierden tarde ó temprano.
Amb. Bien dices. Las diversiones
 han de ser sin aparato;
 y quando el humo se vea,
 ya ha de estar quemado el quarto.
Pep. Lo que tambien me parece
 disparate es que tengamos
 criadas lindas, á pique
 de que den al ama un chasco.
Amb. No convienen dos figuras
 principales en un quadro.
Pep. Ahora: el escoger bichos
 para pages y lacayos
 será indecente. *Amb.* A lo me nos,
 hoi es gala lo contrario.
Pep. Oye: otra cosa me ocurre.
 Por si acaso hai hombres raros
 como ese buen Don Eugenio,
 que se quejen de que estamos
 por conquistar, y pretendan
 que debemos saber algo,
 ya procuraré tener
 algunos libros sembrados
 ó cerca del tocador,
 ó en las mesas. Ostentando
 que leemos, basta: y luego
 que vengan á averiguarlo.
 En nuestras conversaciones
 ya ves que no fatigamos
 el discurso. Quando alguna
 se vaya formalizando,
 con un ya, bien, pues, no digo:
 estamos fuera del paso.
 Lo mismo hacen muchos hombres
 y los llaman ilustrados.
Amb. Admirada estoi de oírte.
Pep. Es que me voi desasnando.
Amb. Si se infundirá esta ciencia

con la leche que mamos?
Mas vamos á lo que importa,
Pepita. No te ha picado
aquella serenidad,
aquel semblante pacato
con que oyó su despedida
Don Eugenio? *Pep.* Me ha volado:
sabes que ahora quisiera
atraherle. *Amb.* Ni pensarlo.
Era preciso humillarse,
y hacer papel desairado.
No te lo aconsejo, no.

Pep. Pues, animo! Prosigamos
correspondiendo al Marques;
y reviente el mentecato
de envidia! *Amb.* Sí, sí: vengarse.
Amiga, tendrás el lauro
de que no logren su intento
ni él, ni tus tios. Chafarlos.
El Marques adora en tí:
tu padre se ha disgustado
con Don Eugenio, y no piensa
exercer el menor acto
de violencia con su hija:
ya no escucha á sus hermanos;
y por fin, serás Marquesa
con su señoría al canto.
Mas qué dirás, hija mía,
al oír que Don Gonzalo
se ha empeñado ahora en darte
una madrastra? *Pep.* Sepamos
como es eso. *Amb.* No te asustes.
Lejos de ser en tu daño,
madrastra solo en el nombre
es la que te ha destinado.
Hallarás en ella apoyo,
consuelo, amistad, amparo;
y hará por obligacion
lo que ha hecho en el espacio
de quatro años por cariño.

Pep. No siendo tú, y yo no alcanzo
quien sea. *Amb.* Dicho se está.
Y eso te pone en cuidado?

Pep. Madrastra! mal parentesco!
Pero eres mi amiga, y paso
por todo. *Amb.* Cómo ha de ser?
Yo bastante he procurado
desvanecerle esta idea;
pero él está ten reacio...
En público alguna vez

me habrás de besar la mano;
mas los huéspedes se irán,
y comeremos el gallo.
Ni te daré sujecion,
ni oírás el menor cargo;
solo si buenos consejos.

Pep. Como los que ya me has dado.

ESCENA VIII. *D. Clara, D. Gonzalo, D. Ambrosia, D. Basilio y D. Pepita.*
Clar. Por tu infundada sospecha,

y por el notable agravio
que me haces, no merecias
satisfaccion; pero traigo
quien me defienda. Basilio,
ven, y explica á tu cuñado
cómo ha podido llegar
cierto reloj mio á manos
de Don Eugenio. *Bas.* Yo mismo
se le dí. *Gonz.* Tu? Como? *Bas.* E
de otro que aquel caballero (cambi-
tenia, y fué del agrado
de mi muger. El, que en todo
muestra su atencion y garbo,
la rogó que le admitiese;
y no pudiendo lograrlo,
se valió de mí. Yo quise
que aquel don fuese aceptado;
y Clara en retorno hiciese
á nuestro amigo el regalo
de otro reloj. *Gonz.* Ya: no fué
mas que un trueque liso y llano.

Clar. Pero no, que hai otra prenda
de por medio. Es necesario
averigüemos la historia
de un bolsillo: como y quando
le entregó la delinquente
al cómplice. *Bas.* Pues fué el caso
que el reloj que ella admitió
era de precio mas alto
que el que cedia; y dispuso
corresponder, compensando
el exceso del valor
con un bolsillo adornado
de piedras, que Don Eugenio
recibió, no de su mano,
sino de la mía: prueba
de que fué tan delicado
el desinterés de Clara,
que aun con un amigo de ambos
no quiso quedar en deuda,

y á quien diga lo contrario, con enojo.
yo... *Clar.* Sosiegate. *Gonz.* Pues libre
y sin costas. Si hai engaño,
que no valga. Hermana mia,
perdoname; compongamos
todas las desavenencias;
y lo pasado pasado.
Pepa es del Marques, y mia
Doña Ambrosia. El trato es trato;
que le apruebes, ó que no.

Gritando. Bartolo! Señores, vamos
á pensar en divertirnos.

ESCENA IX. *Los dichos, Bartolo, y el tio Pedro.*

Ped. Anda, hombre; que llama el amo.

Bart. Señor? *Gonz.* Ya puede venir
esa cuadrilla de majos.

Pep. Todavía no se han ido?

Me alegro. *Bart.* Voi á buscarlos. *vase.*

Gonz. Pues mientras vienen, sentarse;
que va á empezar el fandango.

Clar. Puedes celebrar tus dichas,
con tal de que no asistamos
mi esposo, ni Don Eugenio,
ni yo. Basilio has mandado
que pongan mi coche? *Bas.* Sí.

Gonz. Y que? No hai mas que
plantarnos? *Pep.* Vaian mui enhora-
Nos quedaremos los quatro, (buena.
padre, madrastra, hija y yerno;
á ver si nos libertamos
de pesadeces.

Mirando á la izquierda. Quién viene?
El Marques? No: el estirado
señor de las reflexiones.

ESCENA X. *Los mismos, y D. Eugenio.*

Eug. á D. Clara. Es hora de que partamos?

Pep. Al punto. *Bas.* Hai mucho que ha-

Eug. La experiencia me ha mostrado (cer,
que para amigo del padre
ya no soi bueno, y soi malo
para amante de la hija.

Pep. Lo segundo sí que es claro.

Eug. Mi pretension era necia;
y desde ahora levanto
la mano de ella. *Pep.* Acabemos.
No venga usted presentando
mas memoriales, porque
ya he puesto al margen: *Negado.*
Y el provisto... Señalando al Marques

Mire, mire.

(que llega.)
ESCENA XI. *Los dichos, y el Marques.*
Marq. Todo el mundo aquí? Y yo faltó?

Bas. Mui á tiempo llega usted.

Para tu gobierno, hermano:
la fábrica de este amigo
no experimenta desfalco;
y el aviso que hoi aquí
has recibido, es mui falso.
Mira el borrador de letra
de tu Marques, que ha inventado
la noticia. *Marq.* Cómo es esto?

Amb. Lo ha descubierto un acaso.

Gonz. Ya lo veo. Marques mio,
todo lo que huele á engaño
me disgusta. *Marq.* La verdad
es, señor, que yo, ocultando
mi nombre, he dado este aviso
tan interesante. Salgo
garante de que es seguro;
y por hacer bien á entrambos...

Gonz. Ah! Fué caridad? *Marq.* Sin duda.

No tuve otro fin. *Bas.* A espacio.

Hoi Doña Ambrosia y usted
dispusieron, y lograron
introducir al señor,
cogiéndole descuidado,
la otra carta en el bolsillo,
con ocho dias de atraso
en la fecha, de lo qual
le resultó un grave cargo.

Mira el otro borrador. *á D. Gonz.*

Amb. Repare, usted Don Gonzalo,
que enemigos envidiosos
tiran á desconceptuarnos,
y se valdrán de ficciones.

Clar. Señora no las usamos.

Bas. Bartolo, que fué testigo
del lance, lo ha declarado.

Amb. Y contra gentes de honor
se ha de dar crédito á un payo
malicioso? *Marq.* Que está intriga
nos meta en un embarazo!

Amb. Chismes, enredos. *Gonz.* Con to-
es menester aclararlos. (do,

Clar. Aun dudas? *Pep.* Ea! Ya suena
la música. A lo que estamos.

ESCENA XII. *Los mismos; Bartolo y majos.* Estos salen tocando y bailando
con mucha algazara; y apenas han da-

do unas vueltas, hace D. Basilio suspender.

Bas. Callen ustedes. Tenemos por ahora otros cuidados.

Pep. Pues tengaselos usted, y dexenos. Echale agrio! Vamos allá, padre mio: seguidillas entre cuatro: Doña Ambrosia y usted; yo con el Marques. Los nombrados.

D. Gonzalo con D. Ambrosia, y D. Pepita con el Marques, colocándose como para bailar.

Clar. Quedate con Dios. Gonz. De veras?

Bas. De veras nos ausentamos.

Pero antes tengo dispuesto dar á todos un buen rato. Tio Pedro, llegó la hora de que salga de su quarto de usted aquel caballero.

Que venga. Ped. Allá voi volando. vase Bas. Advierto primeramente que aquí no necesitamos testigos de fuera. Importa que nos dexen libre el campo estos señores. Señalando á los majos.

Pep. Estan baxo mi sombra, á mi mando; y no les han de hacer otro desaire como el pasado.

Bas. Bien. Puede ser que te pese. (dos.)

Pep. Se han de quedar. Bas. Por queda-

Gonz. Qué viene á ser eso? Bas. Aquí ha llegado preguntando por Doña Ambrosia, un sujeto, que, no habiéndola encontrado en su casa, supo estaba en esta funcion de campo, y viene á darla noticias que la importan. Me persuado que con su informe podrá descubrirse el bribonazo, por cuya maldad quebró aquel negociante honrado marido de esta señora.

El Marques se imuta.

Amb. Qué dice usted? Fuera hallazgo bien dichoso para mí.

Bas. Conoció usted por acaso al picaron? Amb. No: mi esposo tenia en el quarto baxo,

como suelen otros muchos negociantes, su despacho; y yo vivia en el piso principal, sin tener trato con los que iban á negocios de comercio. Don Eustaquio de qué sé yo qué dixerón que se llamaba el malvado; pero ni una vez le vi.

Le ahogara entre mis brazos...

Traidor, infame!

ESCENA ULTIMA. Todos. D. Carlos, vestido de camino. Los majos acia el foro.

Amb. Qué es esto?

Eres tú? Sobrino! Carlos!

D. Carlos abraza á D. Ambrosia. Entretanto el Marques vuelve la espalda á D. Carlos; temiendo que este le vea.

Carl. Querida tia!... Señores, á la obediencia. Gonz. Atendamos.

El Marques hace ademan de irse. D. Pepita le detiene.

Pep. Adonde va usted, Marques? quieto aquí siempre á mi lado.

Durante la conversacion siguiente, el Marques se vá á poner con disimulo detras del tio Pedro, que no estará lejos de B. Pepita.

Amb. No te esperaba tan pronto.

Carl. Se hubiera alargado el plazo de mi vuelta, si en París no me hubiera informado de que el impostor maligno Don Eustaquio de Bolaños, por quien mi tio perdió caudal y vida, y que en vano me ha hecho viajar por Francia, Holanda y Países-Baxos, hoy se pasea en Madrid con título imaginario de Marques de Fontecalda... (chasco.)

Amb. Como! Gonz. Qué oigo! Pep. Fuera Pedro apartandose para dexar ver al Marques que se ocultaba detras de él. Aquí está su Señoría.

Carlos echando mano al sable, y queriendo acometer al Marques.

El es.... Indigno villano!

D. Basilio y D. Gonzalo contienen á D.

D. Carlos. El Marques, D. Ambrosia, D. Pepita, y todos se quedan como pasmados; y despues de un corto rato, prosigue D. Carlos:

aquí mismo morirás como dés un solo paso.

Gonz. Doña Ambrosia! y era usted madrina de tal ahijado?

Amb. Ah! Yo estaba protegiendo á mi mayor adversario.

Carlos; por quién lo has sabido?

Carl. Por quien me ha dado el encargo de que entregase esta carta al esposo mas ingrato.

Entregando una carta al Marques.

Lée lo que aquí te escribe la infeliz que está llorando tu perfidia, y la dureza con que la has abandonado.

Pep. Casado el Marques! Carl. Su es-

queda en París! Gonz. Caso raro! (posa

Marq. Es calumnia sorprendente.

Mi carácter ultrajado

se vengará. Estoy sin armas;

que si nó, tan fiero estrago

hiciera. Carl. Amenazas locas,

que ahora no son del caso.

En una prision, no aquí,

habrás de dar tus descargos,

que por mas que los estudies,

han de ser pocos y malos.

Marq. Quien ha de prenderme? Carl. Yo.

Bas. Y todos los que aquí estamos.

Bart. Sí, Señor: voy á buscar

una soga paa atallo.

Carl. No es menester. Le tendrém

encerrado en algun quarto

de esta casa, siendo yo

guarda de vista, entretanto

que se avisa á la Justicia.

Bas. Nosotros que ahora vamos

á Madrid, daremos parte.

Carl. Eso conviene. Marq. Yo rabio.

Clar. Qué dices, Hermano? Gonz. Estoy

absorto. Pep. De buena escapé.

Clar. á D. Pep. Quería llevarte á Italia,

donde tiene sus estados,

dexarte, y comerse el dote.

Carl. Iba á casarse? Amb. Sí, Carlos.

Gonz. Doña Ambrosia, usted me ha puesto.

en el precipicio. Clar. Al cabo has caido ya en la cuenta.

Gonz. He vivido confiado; y este escarmiento me avisa que debo atajar el daño.

Señora: y el aderezo á D. Ambrosia.

que debía entrar por alto?

Por alto se fué. Usted sabe

que á su instancia y por su mano

entregué los diez mil pesos

á ese hombre de mis pecados.

Quando los cobraré yo?

Marq. Ola!... Señor, yo he pagado.

Usted ha perdido al quince

algo mas que eso; y yo alcanzo

todavia por mi cuenta

unos cien doblones largos.

Gonz. Por ser yo el simple que soy

me está muy bien empleado.

Marq. Si al venir el aderezo

le cogen por contrabando,

el riesgo es á usted. Gonz. No digo?

siempre seré yo el pagano.

Clar. Y la opinion de tu hija?

Gonz. Como ya se hablaba tanto

en Madrid de su gran boda,

será este lance sonado.

Clar. Escandaloso. Y despues

me dirás qué hombre sensato

te la pedirá? El remedio

es un Colegio, Gonzalo.

Allí podrá corregirse,

ínterin se va olvidando

un suceso tan ruidoso;

sin lo qual apenas hallo

probabilidad de que haya

quien la ofrezca ya su mano.

Gonz. En efecto: me parece

será lo mas acertado.

Pep. Colegio? Con gran desenfado.

Gonz. Sin remisión.

Pep. No es mi vocacion de claustro.

yo quedarme para tia!

Me faltará novio acaso?

Clar. Y quien será?

Pep. con humildad y timidez. D. Eugenio,

verbigracia, que ha mostrado

tenerme aficion....

Eug. con dignidad. Señora

he visto que los resabios

de la educacion de usted son algo mas arraigados que creía. Usted perdone. Otro menos delicado que yo, será mas dichoso. *Pep.* Como!

Patía y hace ademán de arañarse.

Por vida de tantos! á mí? *Clar.* Ya ves que la mala conducta al fin da mal pago.

Pep. abrazándose de D. Ambrosia.

amiga! *Clar.* El desaire sientes;

mas perder por tus desbarros

en Don Eugenio un esposo

tan prudente, tan honrado,

es hoy tu mayor castigo.

Gonz. Vecina, me desengaña

de que el exemplo de usted,

y sus consejos viciaron

á esa Niña siendo causa

de quanto me está pasando.

Quien usa malos ardides

no espere ya echarme el gancho.

Amb. Y la palabra, señor?

Gonz. La dí metlio precisado;

y con lo que he visto, puedo

retractarla, y la retracto.

A la puerta de su casa

dexaré á usted en llegando

á Madrid; y con la mia

no cuenta mas. *Amb.* Este trato

merece una amiga fiel?

Gonz. Es que ya empiezo á ver claro.

Carl. Señor Marques, venga Usía.

Marq. O golpe humillante!

Carl. Vamos; ó á la menor resistencia..

Ped. Agárrale de ese brazo,

y yo de éste. *Bart.* Entre los dos va muy bien asiguro.

Vase el Marqués en medio del tio Pedro y Bartolo, que le llevan de los brazos; y siguelos D. Carlos.

Gonz. Nos han dado ciertamente

famoso dia de campo!

ya esta casa es para todos

melancolico teatro.

Volvamonos á Madrid.

Pep. Ai, tia! *Clar.* Ahora haces caso

de tu tia? *Pep.* Yo á Colegio?

Gonz. Donde estés á buen recado.

Amb. Y yo á llorar mis servicios

iniquamente premiados.

Gonz. Y yo? mi dinero? mi honra?

Bien me alcanza el ramalazo!

Clar. Por unas locas como éstas,

por sus caprichos, sus gastos,

y mala crianza, pierden

su fortuna mas de quatro

dignas de una ventajosa

colocacion. Rezelando

los hombres la general

censura, los malos ratos,

las deudas, y otros perjuicios,

huyen de tomar estado.

Gonz. Hermana mia, desde hoi

aprenderé á ser mas cauto;

y aprendanlo con mi exemplo

otros padres descuidados

FIN.

Barcelona: Por la Viuda de Piferrer, vendese en su Librería, administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga; calle de la Concepciou Gerónima; y otras de diferentes títulos.